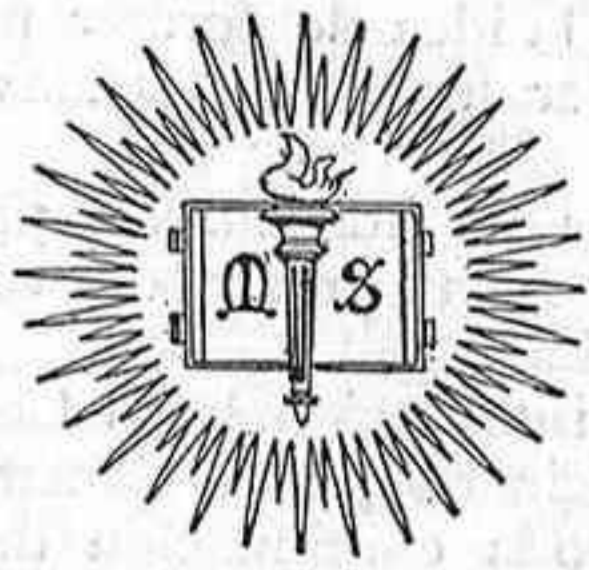


La Ilustración Artística



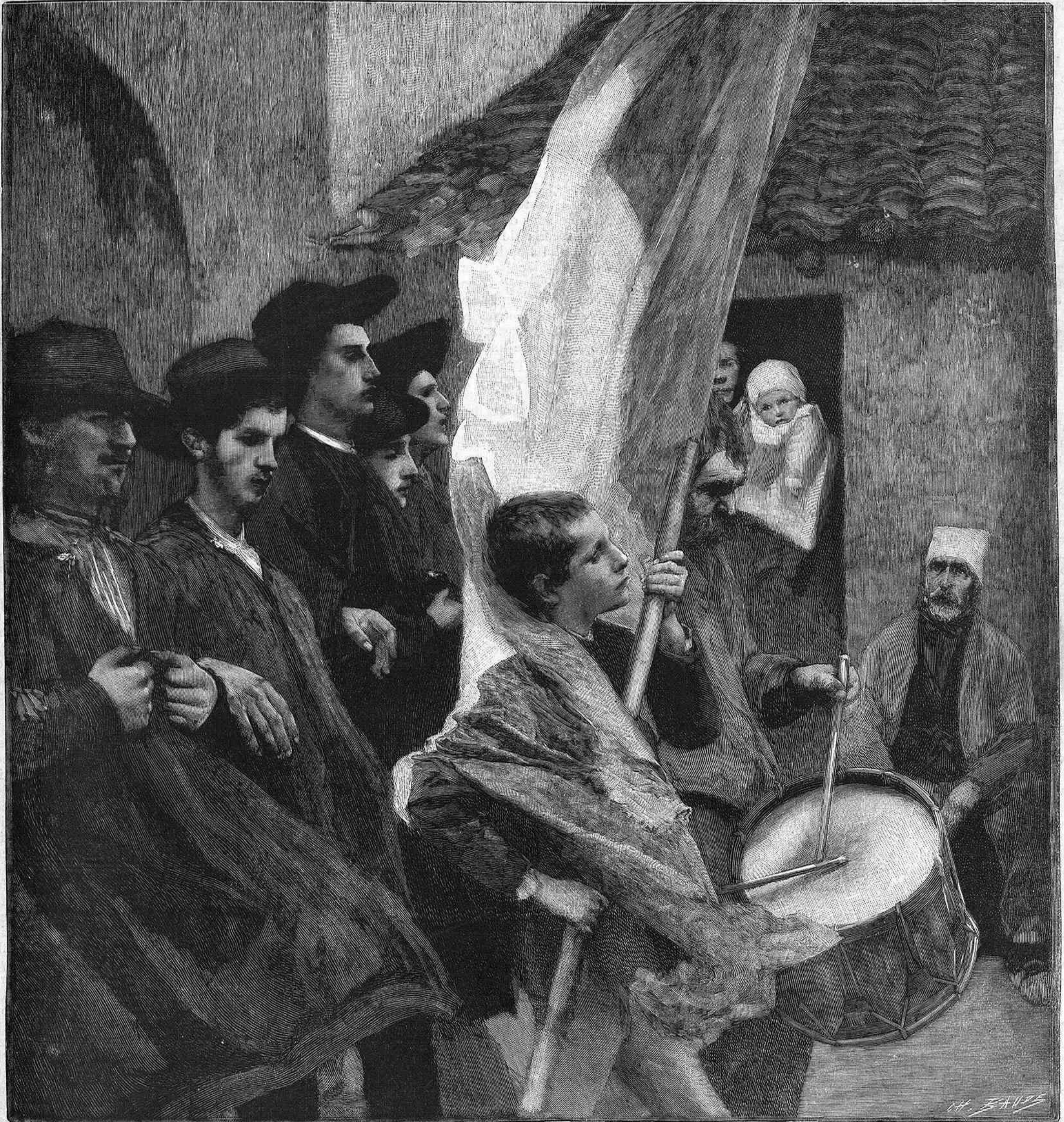
Año XIX

← BARCELONA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1900 →

Núm. 976

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID



LOS QUINTOS, cuadro de Dagnan-Bouveret, premiado con medalla de honor en la Exposición Universal de Paris

SUMARIO

Texto. — *Crónicas de la Exposición de París. Los congresos*, por Juan B. Enseñat. — *Carolina Coronado*, por Luis Ruiz y Contreras. — *La reconquista*, por Gabriel Briones. — *Boceto. Unos cuantos millones*, por Juan O'Neill. — *Las cruces*, por E. Alberto Carrasco. — *Viaje de S.S. MM. y A.A.*, por Z. — *Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *Relojes curiosos*, por X. — *La mendicidad en China. — Las maderas inflamables.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Los quintos*, cuadro de Dagnan-Bouveret. — *Carolina Coronado. — Curiosidad*, cuadro de Francisco Masrera. — *Eudoxia*, cuadro de Max Pietschmann. — *Creptículo*, cuadro de Félix Mestres. — *Viaje de S.S. MM. y A.A. Gijón*, siete grabados. — *Una boda en Valencia*, cuadro de V. de Paredes. — *Combate de Don Quijote y el escudero vizcaíno*, cuadro de José Moreno Carbonero. — *Guerra anglo-boer. El general De Wet, su secretario Du Toit y el ex presidente de Orange Mr. Steijn en su campamento. — El hijo del general De Wet en el campamento de su padre. — El general boer Cristóbal De Wet. — Vagón que forma parte del tren del presidente Kruger y que hace las veces de Caja del Tesoro.* — Figs. 1 á 3. Relojes curiosos. — *Descansando*, cuadro de José Balenyá.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

LOS CONGRESOS

No cumpliríamos bien nuestra misión de cronistas de este concurso universal, si dejásemos pasar la oportunidad de decir algo acerca de los muchísimos congresos que han venido á resolver con resultado práctico algún problema trascendental de la vida contemporánea.

Pero no todos estos congresos han respondido á las esperanzas que en ellos se tenían fundadas, ni todos los congresistas han estado á la altura de su misión.

Hemos tenido ocasión de admirar la omnisciencia de algunos filántropos que han tomado activísima parte en congresos de muy diversa índole, contribuyendo eficazmente con sus conocimientos y con su buen sentido práctico á la solución de los más arduos problemas.

Pero al lado de estos sabios de verdad, hemos tenido que soportar la charla pirotécnica de congresistas de relumbrón, cuyos discursos no han necho más que alargar inútilmente las sesiones de los congresos.

También hemos tenido que padecer bajo la elocuencia de muchos provincianos ilustres, que en su afán de asombrar á sus contemporáneos en pleno París, han aprovechado la ocasión de los congresos para traer remedios contra todos los males de que se queja la humanidad.

Ha habido congresos sobre todas las cuestiones imaginables. Muchos de ellos habrán resultado absolutamente inútiles. Algunos han logrado los altos fines que se proponían. Otros, sin llegar á soluciones definitivas, las han preparado sin duda para un porvenir no lejano. Y aunque no han faltado reuniones contraproducentes y ridículas, del balance de estos congresos resulta una suma considerable de asuntos dilucidados y un aumento apreciable de confraternidad entre esos hombres consagrados á unos mismos estudios y venidos de las cuatro partes del globo para aportar el tesoro de sus conocimientos á estas asambleas de la inteligencia.

El vasto palacio de los Congresos, levantado á la orilla del Sena, junto al puente del Alma y al extremo de la ruidosa calle de París, se inauguró con el congreso de las Ciencias de la escritura, bajo la presidencia honoraria del príncipe de Mónaco y la efectiva del ministro plenipotenciario Sr. Gavarry, que hizo la historia de la grafología, esa ciencia que se empezó á estudiar hace dos siglos, y de la cual se ocuparon con detenimiento sabios y filósofos como Leibnitz, Goethe y Lavater.

Leyéronse memorias sobre la influencia social de la grafología y sobre los signos grafológicos de la memoria, y consagróse una sesión entera al carácter de letra llamado del Sagrado Corazón, por ser común á la inmensa mayoría de las alumnas del célebre colegio. Según una comunicación de un congresista, ese carácter de letra angulosa y empinada es indicio de disimulo y de las pasiones más feas. Pero el padre Darrois se levantó á combatir con denuedo semejante tesis, sin que acerca de tan delicado asunto se llegase á una conclusión. Examináronse los medios de favorecer el desarrollo científico de la grafología y la formación profesional de grafólogos, y leyéronse varias memorias relativas á la educación de la infancia según las aptitudes reveladas por su carácter de letra: cuestión que es, sin duda, la más práctica de cuantas se han discutido en este congreso.

Siguió el congreso de la propiedad urbana, que proporcionó al presidente la ocasión de congratularse de que Francia sea el país que cuenta mayor número de propietarios, y á los propietarios congresis-

tas la oportunidad de organizarse en cooperativas para la defensa de sus intereses, echando las bases de una asociación internacional á fin de soportar en común las pérdidas que representan las habitaciones desalquiladas.

El proyecto es peregrino, y ha de sugerir sin duda á los inquilinos la idea de formar una liga internacional para poder luchar con armas iguales contra los caseros.

Los congresos de horticultura, presididos por el ministro del ramo, han presentado verdadero interés técnico y profesional.

El congreso internacional del Comercio y de la Industria, patrocinado por la Cámara de Comercio de París, ha sido la continuación de los congresos de 1878 y 1889. De su seriedad é importancia da exacta idea su Boletín, cuyos últimos números, de 350 páginas, contienen trabajos de gran mérito y elevadas miras.

El congreso de obras é instituciones femeninas, que en igual época solía reunirse todos los años en Versalles, se ha transformado, con motivo de la Exposición, en un congreso internacional.

Después de un discurso del Sr. Mabillean, que describió el carácter de las obras femeninas y la legítima influencia de la mujer, la señorita Sara Monod expuso, con su convicción elocuente, la obra de la comisión organizadora, y pasó á ocupar la presidencia por elección de la asamblea. Cada una de las sesiones ha sido consagrada á una de las secciones siguientes: Filantropía y Economía social; Legislación y Moral; Educación individual, Educación social y Pedagogía; Trabajo de las mujeres, y Artes, Letras y Ciencias.

Se ha discutido extensamente sobre el papel que la mujer viene desempeñando de medio siglo á esta parte en las obras de asistencia y previsión; sobre la abrogación de las medidas de excepción con respecto á la mujer en materia de costumbres; sobre la educación idéntica del hombre y de la mujer, sus ventajas y sus inconvenientes; sobre la libertad del trabajo de la mujer, y sobre la situación y la influencia de la mujer en el arte aplicado al adorno y á la industria. Sentóse el principio de la solidaridad entre las mujeres que escriben, hasta el punto de que las que han logrado asegurarse una existencia independiente, se entiendan para proteger colectivamente á las principiantes. El congreso votó por que los principios generales de libertad y de igualdad presidan al trabajo de la mujer como al del hombre, y que, por consiguiente, sean abrogadas todas las leyes que, so pretexto de protección, cohiben la libertad de trabajo de la mujer. Se ha discutido con lucidez sobre las obras de preservación y de levantamiento; sobre el régimen carcelario y correccional; sobre la administración de los bienes de la mujer en el matrimonio, y sobre el derecho del padre y el de la madre, que, en concepto de la mayoría de la asamblea, deben ser iguales con respecto á los hijos.

También se trató de la preparación práctica para el profesorado, del puesto de la mujer en la enseñanza, de la enseñanza y de la administración de los establecimientos escolares en todos los grados, lo mismo que de las sociedades cooperativas de producción, de la educación física y de otras muchas cuestiones á cual más interesante. Han llamado particularmente la atención los debates relativos al espinoso asunto de la investigación de la paternidad; debates en que ha intervenido alguna elocuente doctora en Derecho.

Como se ve, esta vez las mujeres, aunque han hablado mucho como de costumbre, han hablado bien y con provecho.

No menos importante por la autoridad de los concurrentes y por los trabajos presentados, ha sido el congreso de los accidentes del trabajo y seguros sociales; cuyas sesiones inauguró el ministro de Comercio, quien expuso que hallándose ya resuelta en principio la cuestión primordial del congreso, tratábase de pasar de la teoría á la práctica.

El primer asunto puesto á la orden del día fué el de los seguros obreros en Alemania á fines del siglo diecinueve. Según la memoria presentada por el doctor Bødiker, consejero íntimo del gobierno alemán, es necesario, en los Estados modernos, adoptar el seguro obligatorio, por diferente que sea su genio particular. El Dr. Zacher afirmó que el sistema del seguro libre deja á cargo del obrero la solución de un problema que es absolutamente incapaz de resolver por sí solo. Según el orador, los resultados prácticos obtenidos son absolutamente contrarios á la tesis del legislador individualista.

M. Levy-Alvarez, abogado de los tribunales de París, sostuvo la tesis contraria, declarando que es absolutamente imposible asimilar la situación francesa á la alemana.

M. Jay, profesor de legislación industrial en la fa-

cultad de Derecho de París, se mostró, por el contrario, admirador casi sin reserva del sistema alemán.

M. Hartmann presentó un informe sobre la clasificación de las industrias según los riesgos que hacen correr á los trabajadores.

Leyóse una memoria del doctor Kægler sobre el seguro obrero en Austria, y un informe del doctor Magaldi acerca de los resultados del primer año de aplicación de la ley sobre los accidentes del trabajo en Italia.

Finalmente, el profesor Hjedt, de Helsingfors, inició al congreso en la ley reglamentaria del seguro obrero en Finlandia, y M. Paulet, delegado del ministro de Comercio y profesor de legislación obrera en la Escuela de Ciencias políticas, dió á conocer la ley francesa de seguros contra los accidentes. Resulta que esta ley es tan complicada, que ha habido necesidad de crear una «Junta consultiva de seguros contra los accidentes del trabajo» y nombrar unos nuevos funcionarios llamados «Comisarios-revisores.»

M. Verrrot, secretario general del Sindicato de Seguros á prima fija, declaró, en nombre del Seguro libre contra los accidentes del trabajo, que las sociedades acaban de modificar sus tarifas de modo que se amolden á la ley de 1898, y que, por consiguiente, el mundo de los seguros acepta el nuevo régimen que se acerca al socialismo alemán, puesto que contiene el principio del riesgo profesional. Esta declaración fué acogida con aplauso, y fueron aprobadas las conclusiones del representante del ministerio de Comercio.

Han seguido luego muchos congresos á los cuales no hemos podido asistir, sencillamente por carecer del don de la ubicuidad. Tales han sido el de las Habitaciones baratas, el de las Estaciones agronómicas, el de la Alimentación del ganado, el de los Vegetarianos, el de los Actuarios, el de la Venta del trigo, el de Minas y el de Metalurgia, por no citar más que los que en este momento recordamos. Ha habido congresos para todas las profesiones y todos los asuntos imaginables; y con ser tan vasto el palacio levantado ex profeso en la Exposición, algunas de esas asambleas no han tenido puesto en él.

El congreso de mineros votó por unanimidad el principio de la jornada de ocho horas y una resolución que tiende á la nacionalización de las minas y á la recuperación de las minas no explotadas en favor de los obreros, ó á la obligación para los concesionarios de explotarlas. Entre otras cosas, el congreso ha reclamado que los que explotan minas entreguen á los sindicatos de mineros una libreta que contenga los salarios pagados, indicando el número de horas de trabajo y el precio de venta de los carbones, á fin de que los obreros puedan hacerse cargo de si la tarifa de los salarios ha seguido la progresión de los precios de venta y de los beneficios realizados por los amos.

También examinó los medios de crear un movimiento general de obreros; y no faltó quien propusiese una huelga universal. Pero los delegados ingleses declararon que no podían adherirse á semejante proceder, porque aún están comprometidos por tres años en virtud de un acuerdo tomado por el comité de conciliación, que crearon á fin de resolver en Inglaterra las cuestiones que surgiesen entre amos y obreros. El presidente, en su discurso de clausura, ensalzó y estimuló la organización obrera internacional.

Hemos tenido luego el congreso de agricultura, en el que han tomado parte gran número de representantes de las grandes Asociaciones, de las potencias extranjeras, economistas ilustres, hombres políticos y especialistas ilustrados.

Entre otras cosas, ha estudiado el papel que los sindicatos pueden representar en las relaciones directas entre el productor y el consumidor y las medidas que convendría tomar para fijar los precios de venta, evitando la intervención de los especuladores.

En esta asamblea han hablado casi todos los individuos que tomaron parte en el congreso especial de la enseñanza agrícola, presidido por Casimir-Perier. Se han leído informes notables y se han pronunciado elocuentes discursos sobre la enseñanza general de la agricultura, sobre las escuelas de aplicación y los establecimientos de enseñanza profesional y sobre la enseñanza agrícola en las Universidades, punto de partida de interesantes controversias, como lo ha sido asimismo el informe de Madama Bodin, directora de la Escuela de Goëtlogon, sobre la enseñanza agrícola de las mujeres.

Ahondando más las cuestiones, se ha discutido acerca de la aplicación de las ciencias á la agricultura, y en una palabra, acerca de todo lo que puede mejorar el cultivo de cuanto produce la madre Tierra.

JUAN B. ENSEÑAT.

CAROLINA CORONADO



CAROLINA CORONADO

Hace algún tiempo, recordaba Eusebio Blasco en uno de sus artículos á la difunta Carolina Coronado, y respondía ésta desde Cintra, la hermosa ciudad lusitana, dando fe de vida en breves renglones que publicó un diario de Madrid.

Que viviendo un cuarto de siglo retirada casi en absoluto del trato social y ausente de su patria, la consideren á los setenta y seis años difunta los que moviéndose á todas horas en el mundano enjambre llegan á confundir la vida con el ruido y el silencio con la muerte, nada tiene de particular; pero sí es curioso lo que aconteció á la misma señora en sus lozanas mocedades, año de 1843.

Ya entonces era, si no famosa, conocida; y desde Almendralejo, donde nació, enviaba sus versos á la corte, refugio de tantos poetas y madre de tantas desdichas, cuyo suelo no había pisado aún, cuando la noticia de su muerte vino á sorprender á cuantos de nombre la conocían y desde lejos la estimaban.

Siempre hubiera sido sensible ver marchitar en capullo una esperanza; pero en aquellos tiempos de romanticismo exaltado, el dolor siempre hallaba eco en las arpas y lágrimas de tinta en las plumas. No faltaron poetas que llorasen tiernamente sobre un sepulcro avaro de guardar la estimable joya; y á una delicada elegía de Florentino Sanz, respondió la difunta con otros versos no menos delicados, asegurando que ni remotamente pensó nunca en abandonar un mundo tan halagüeño, donde todo la sonreía.

Y vino á Madrid, y arrebató con su hermosura ideal, no teniendo que pedir protecciones, porque al verla sus amigos le brindaron amorosa esclavitud.

Deslumbradoras veladas en el Liceo, ardientes declaraciones al día y suspiros al minuto, composiciones poéticas en variedad de metros y en el mismo diapason de ansia indefinible; todo parecía escaso tributo para la dulce criatura que, uniendo los atractivos arrebatadores de la mujer á las candideces adorables del ángel, fué la desesperación de muchos y el encanto de todos, porque todos admiraban su belleza y su talento y ninguno era su enemigo.

Años antes, el gran Espronceda, en el apogeo de su gloria y de sus travesuras, había dedicado á la inocente niña, que tan sabrosas muestras daba de su ingenio con *La Palma y Soledad*, una poesía cuyo comienzo es:

«Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverberas
la lumbré de los astros inmortal.
Juro á tus plantas, que insensato he sido
de placer en placer corriendo en pos,
cuando en el mismo valle hemos nacido,
niña gentil, para adorarnos, dos.»

El fogoso Espronceda, conterráneo de la dulce Carolina, la presentaba con tan amantes y sentidas estrofas á las admiraciones de la juventud; y á la exaltación del apasionadísimo romántico respondían los cantares de un coro de poetas y las alabanzas de un público tan ansioso de ideal, que lo buscaba frenéticamente á todas horas, hasta en los versos que le ofrecían los folletines de los diarios.

Aquello era el delirio de la versificación. Leyendas, odas, romances y poesías de todas cataduras: por lo general sentimentales y llorosas, raras veces cómicas y satíricas; ¡el diluvio en verso! Desde Salas de Quiroga, hasta Ribot y Fonseré, centenares de poetas que ya nadie conoce compusieron millares de obras que nadie sacará en adelante del olvido. La variedad de metros era lo que más preocupaba. Gertrudis Gómez de Avellaneda hizo en este particular muy valiosos ensayos, domando el difícil verso de nueve sílabas y el de trece, y ofreciendo *escalas* de variadísimas estrofas, desde dos hasta diez y ocho sílabas, como las había imaginado Víctor Hugo.

Al aparecer Carolina entre la turba de poetastros

y escritorzuelos, no dió gran importancia desde un principio á la forma métrica, más interesada en el fondo, que suele ser en sus composiciones una constante divagación psicológica.

En el primer viaje, su estancia en Madrid fué muy breve, y volvió á su tierra natal habiendo publicado el primer volumen de sus *Poesías* (1843) y sentido las primeras caricias de la gloria.

Nueve años de ausencia no bastaron para que la olvidaran sus amigos y admiradores: desde Almendralejo enviaba Carolina sus trabajos, que se dieron á luz en las principales publicaciones periódicas, y sostenía con sus íntimos frecuente correspondencia.

Si los versos de Carolina resultaban dulces y sabrosos, eran sus cartas, para quienes tuvieron la fortuna de recibirlas, un verdadero encanto. Carolina jamás publicó novelas ni frecuentaba la prosa, y su prosa es muy superior á sus versos; las cartas que sus amigos conservan podrían servir como deliciosos modelos; en ellas, más aún que á través de sus mejores poesías, descubre y muestra su corazón puramente femenino y su ingenio delicado. Lástima que tan preciosos manuscritos no se reúnan y publiquen para que pudieran recrearse con su lectura cuantos amantes de lo bello se recrean aún con los primores del habla castellana. Pero si Carolina Coronado no reúne pronto los tesoros dispersos que derrochó su pluma en cartas admirables, con el último de sus amigos morirá la última esperanza de que tal publicación se realice.

La familia española no es muy aficionada por lo general á conservar los manuscritos de sus difuntos más amados. Cuando las cenizas de un hombre bajan al sepulcro, las cartas y papeles que guardara (y es mucho que los guardare, pues tenemos todos afición á romper y á destruir papeles) también se convierten pronto en cenizas. No parece sino que al morir cada español arrastra consigo el secreto de un crimen, según la prisa que nos damos todos á borrar las huellas de los muertos. Las cartas (lo primero que se destruye y lo que más debiera conservarse) revelan mejor que documento alguno el carácter de quien apresuradamente las escribe. Las cartas de la señora Coronado nos darían á conocer su alma llena de femeniles virtudes, y no sobran, por desgracia, estos ejemplos entre las mujeres que saben manejar una pluma, ni hay muchas escritoras que sepan escribir sus cartas como la señora Coronado; porque para componer un libro de versos, un drama ó una novela, basta el talento; para escribir una carta se necesita corazón.

En 1852 volvió á Madrid Carolina, fijando su residencia en este centro de todas las ambiciones. Dió á la estampa un segundo volumen de *Poesías* y publicó muchas que no están aún coleccionadas. Muy pretendida, muy hermosa, muy alegre, agradábale mucho el trato social; frecuentaba las tertulias de sus amigos y abría las puertas de su casa en justa correspondencia y acaso también por caridad hacia sus adoradores; hablaba con todos y todos hablaban con ella... Sin embargo, *nunca dió que hablar*. Sus alegrías y sus confianzas y sus condescendencias nunca tuvieron interpretaciones maliciosas. Una mujer así ¿no ser presa de maldicientes y despechados? Parece cosa extraña; pero es lo cierto que su virtud se imponía, y fué indiscutible y adorable como su hermosura.

Carolina se casó con Mr. Perry, diplomático extranjero. Viuda ya en el año 74, la muerte de una hija produjo en aquella mujer tan profundo y espantoso desconsuelo, que, vencida por lo irreparable, huyó para siempre, buscando en Cintra un refugio solitario.

Y allí vive aún, apartada y triste, consagrándose á la memoria de su adorada muerta, buscando solamente algún consuelo en el ejercicio de la caridad.

El padre Blanco, en su *Literatura española en el siglo XIX*, dice de Carolina:

«... el mundo interior absorbe por completo sus facultades y su atención, descubriéndole sus misterios é intimidades, que ella sabe traducir con femenina delicadeza. ¿Cómo olvidar, una vez leídas, las cantigas de *El amor de los amores*, tan aladas, bellas y conceptuosas? Quizá no pueda el lector darse cuenta del orden en que van sucediéndose los pensamientos; quizá no se descubre el plan general; pero embelosa aquello mismo que se desconoce, y no es posible resistir á la magia con que atraen aquellos rumores indecisos y desligados, aquella frase dulce y melancólica que recuerda, ya el amor puro de la bíblica sulamita, ya la plegaria ferviente de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, la queja del alma en la soledad, cuando busca extática la compañía y los ósculos del Amado. El fuego que discurre por las páginas del *Cantar de los Cantares* lanza aquí más pálidos destellos, atenuada la fogosa metáfora oriental por la tibia palidez de nuestro lenguaje; pero escondido y todo, se le siente hervir bajo las cenizas. *El amor de los amores* señala el punto supremo adonde llegó el numen de Carolina Coronado, y en relación con éste aparecen menos de lo que son, así sus cantos íntimos y geniales, como alguno que ha consagrado últimamente al movimiento social y á las revoluciones de la edad moderna.»

Celebrando la mayoría de la reina Isabel, enronquecieron los versificadores y se agotó el repertorio de alabanzas y presagios felices. Carolina, muy joven aún por aquella fecha, compuso también una oda que no se atrevieron á publicar los periódicos de Madrid y ha quedado inédita. La imaginación juvenil y la mano delicada y hermosa de Carolina escribieron:

«¿Sofistéis, niña, que el luciente dije
que las naciones rige
para juguete os entregó Castilla?
¿Sofistéis, real doncella,
que la diadema bella
es un prendido más que adorna y brilla?
¿Nunca vuestros mentores, con las glorias
que encierran las historias
de soberanas cien, os despertaron?
Vuestros súbditos fieles,
¿nunca de los laureles
de las ilustres reinas os hablaron?
Pues recorred el fasto á vuestras solas
y hallaréis españolas
que por ganar anchura á ese lindero
sus joyas se quitaron,
y con ellas ganaron
una corona más, un mundo entero.

Y terminaba con exaltación:

«... las que á su patria venden...
¡no son reinas, mujeres, ni españolas!»

Hoy es monarca el nieto de aquella niña que ocupó un trono: las nieves de medio siglo helaron muchas ilusiones, y dos ancianas, una en París y otra en Cintra, esperan que la muerte les arrebatase cualquier día el recuerdo último de tantos placeres desvanecidos y de tantas glorias pasajeras.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

LA RECONQUISTA

En tres años Isabel no tuvo noticias de Celia, su compañera de colegio, amiga más querida, consejera de la juventud y confidente de sus amores.

Muy jóvenes las dos y con pocos meses de diferencia, se habían casado: Celia con un diplomático, hijo de noble familia y dueño de considerable fortuna, é Isabel con un apuesto oficial de húsares, que además de su sueldo disponía de un modesto capital.

Las dos muchachas realizaron sus ensueños de colegiala, esos primeros ideales del amor que al lu-



char con las pasiones y las miserias humanas, casi siempre se desvanecen, como las flores de estufa se marchitan ó mueren cuando se las saca al aire libre, quemadas por los rayos del sol ó agostadas por las agujas de hielo de la escarcha.

Isabel y Celia tuvieron la rara fortuna de entregar su mano y su corazón al único hombre que había pronunciado en sus oídos palabras cariñosas, desde que sus almas vírgenes despertaron para la vida del amor. Las ilusiones y esperanzas acariciadas en el colegio, con el candor y la vehemencia de los primeros días de la juventud, se convirtieron en realidad: Isabel se casó con Eduardo, Celia con Julio y las dos parejas se separaron con ese egoísmo terrible de los enamorados que desean para sí todas las miradas, todas las atenciones y todos los afectos de la persona objeto de su cariño.

Isabel y su esposo fueron á una casa de campo á pasar la temporada de felicidad suprema, que no tiene parecido con ninguna y que se llama vulgarmente luna de miel, queriendo significar sin duda que el matrimonio tiene varias fases, como el astro de la noche, y que á las dulces claridades de la luna llena siguen los cuartos menguantes con sus vientos huracanados y nubes de tempestad, y después las tinieblas de la luna nueva.

Eduardo propuso á la joven marchar al extranjero, pero el alma tranquila de Isabel prefería las soledades de la campiña al bullicio de las grandes capitales. Celia, en cambio, tuvo gran alegría cuando su marido dispuso un largo viaje por Italia y Francia.

Desde aquellos tiempos felices no se habían visto las dos jóvenes. En los tres años transcurridos, ¡cuántos dolores y alegrías, cuántas risas y lágrimas!

Las dos amigas se abrazaron con efusión recordando los días de la infancia, los primeros de la juventud, de tan fausta memoria.

— ¡Cuánto has cambiado! Estás desconocida..., dijo Isabel á Celia.

La alegre colegiala, aturdida y locuela, que se reía á grandes carcajadas y que saltaba con la agilidad de un muchacho travieso, se había convertido en una dama del gran mundo. Estaba hermosísima, vestía con la elegancia de una parisiense, andaba con la majestad de una diosa, sus ademanes eran distinguidos sin afectación y á la risa franca y nerviosa de otro tiempo había substituído una sonrisa irónica y amarga que parecía revelar terribles desengaños y absoluta indiferencia.

— Tú estás como hace tres años, dijo Celia á su amiga. El tiempo no ha modificado tu cara ni tu cuerpo, y la vida de casada, la nueva sociedad en que vives y los disgustos no han templado tu espíritu para el sufrimiento. En tu rostro hay la misma tranquila alegría, en tu mirada igual dulzura, en tu voz la misma persuasión... Esos ojos no han llorado..., esos labios no han maldecido..., al entrar en tu casa se experimenta una impresión agradable..., eres dichosa..., este es un hogar feliz.

— A juzgar por tu aspecto, replicó Isabel, no eres una mujer desgraciada, y esos ojos tan hermosos no deben haber derramado muchas lágrimas.

— Sí, Isabel, han llorado mucho y en ellos no brillará la alegría. Me casé enamorada de Julio y él me quería con toda su alma. Los dos teníamos los mismos gustos, aficiones y defectos; el lujo, la vida aristocrática, los viajes, vanidad y orgullo.

Al año de nuestro matrimonio advertí que esta identidad de caracteres podía ser causa de mi desventura, y no me engañaron mis presentimientos. Julio tuvo una amante. ¿Cuál? La mujer de moda, la que sugestionaba por su belleza y elegancia y era solicitada de todos.

Lloré y mis lágrimas no le conmovieron; el amor propio ofendido me hizo indignarme con extraordinaria violencia, pero mis gritos de ira causaron en él la misma impresión que mis súplicas. Pasé una temporada horrible, con una pena que me destrozaba el alma y que marchitaba mi juventud. Dejé de ir á los teatros, apenas comía y pasaba muchas horas encerrada en una habitación llorando amargamente.

Una tarde, hallándome en un cuarto inmediato al gabinete de Julio, oí la conversación que mantenía con un amigo, el cual censuraba su conducta.

Julio le contestó:

«No sabes lo aburrido que es vivir con una mujer que llora ó se irrita y que te acusa con celos estúpidos, impropios de una mujer distinguida.»

Las palabras de mi marido me hicieron un efecto terrible. Desde aquel momento me inspiró profundo desprecio: hoy le veo con indiferencia. Nuestras almas se separan más cada vez, y si aparentamos una armonía que no reina en nuestro hogar, es por temor

al escándalo: El está contento sin pensar en mí: yo sufro mucho, pero me voy acostumbrando á esta vida sin afectos profundos y busco compensaciones á mi dolor en teatros, bailes, reuniones y viajes, satisfaciendo mi orgullo y gastando mucho dinero para distraer mi aburrimiento.

— ¿Por qué no has luchado para que tu marido vuelva á quererte?, preguntó Isabel.



CURIOSIDAD, cuadro de Francisco Masriera

— ¡La reconquista!.. ¡Imposible! ¡Le he perdido para siempre!..

— ¡Imposible!.. A ti, mi amiga más querida, mi compañera de colegio, no he de ocultar el secreto de mi vida. Este hogar que crees tan dichoso y en el que realmente se alberga la felicidad, ha sido regado con mis lágrimas y testigo de mis dolores infinitos.

Hace poco tiempo, una cortesana me robó el amor de Eduardo.

Se volvió adusto, estaba en casa muy poco tiempo y se negaba á acompañarme pretextando ocupaciones urgentes.

Un antiguo amigo de mi familia me enteró de lo que ocurría, así como de los despilfarros de Eduardo, que podían llevarnos á la ruina.

Al considerar mi enorme desgracia, pensé en la muerte como único consuelo para mis sufrimientos. Si á toda mujer le causa profunda amargura la noticia de que su esposo la engaña, para mí la pena era mayor porque estaba enamorada de mi marido más aún que el día de nuestra boda.

Mi carácter humilde y resignado no se presta á grandes arrebatos de cólera y además tenía yo una enseñanza que no debía dar al olvido.

En el piso tercero vivía un matrimonio que estaba en perpetua guerra. Si el marido decía blanco, la mujer contestaba negro: parecían complacerse en contrariarse, se insultaban frecuentemente y ella tenía alternativas de ira ó de tristeza, y tan pronto lloraba como se ponía á gritar igual que una loca.

Un día hablé con el marido para intentar poner fin á las discordias de los cónyuges, y su respuesta me dió mucho en que pensar.

«No niego — dijo — que he cometido algunas faltas, pero la mujer que no perdona es imposible que pueda ser feliz y hace desgraciados á cuantos la rodean.

Mi esposa, que estaba solícita á todos mis caprichos, se ha convertido en un déspota y quiere ser obedecida sin réplica: desea tenerme á su lado para que la oiga reñir á las criadas y acusarme constantemente; si disputa con cualquier persona y le digo que no tiene razón, me llena de improperios; antes tocaba el piano algunos ratos, me hablaba en tono alegre y jovial, y cuando salíamos juntos me miraba, sonreía y murmuraba alguna frase de cariño; ahora, en vez de componerse para que me parezca hermosa, anda por la casa vestida con cuatro trapos y le ha entrado verdadero furor por las faenas domésticas; no me atiende, y si salimos juntos me agobia con celos ridículos y llora y se enfurece. Ha dejado de ser la enamorada para convertirse en un ama de gobierno. Esto quizá podría satisfacer á un hombre prosaico, pero confieso que mi imaginación fantástica y mi inteligencia algo cultivada soñaron en una mujer amante, no en un mayor-domo con faldas.»

Sin embargo, aquel hombre quería á su mujer; porque si no, hubiera tardado poco tiempo en perderla de vista.

El razonamiento de mi vecino me hizo pensar en que muchas mujeres son las culpables de la indiferencia de los maridos.

La noche terrible que lloraba la infidelidad de Eduardo no se me iba del pensamiento el pobre hombre del piso tercero. Afortunadamente — me dije — no me parezco á su mujer.

Mas aunque no grito, ni tengo monomanía por las faenas domésticas, ni doy celos á Eduardo, le trato con cierto abandono. La esposa llega á convencerse de que el hombre que es suyo ante Dios y la sociedad, no debe mirar á ninguna otra, y olvida que el amor no se mantiene con la epístola de San Pablo y el código civil, y que la modista es el poderoso auxiliar de la Providencia para que las mujeres parezcan hermosas.

Sequé mis lágrimas, porque una mujer que lloriquea no puede agradar á ningún marido, y resolví hacer la competencia á la cortesana que me robaba el cariño de Eduardo.

He sufrido más que si hubiera llorado mucho, pero desde el primer momento acaricié grandes esperanzas; en mí iba á tener esposa y amante; la lucha podía ser larga, pero la victoria estaba segura.

Puse especial cuidado en presentarme ante él muy bien vestida, con los trajes que eran más de su gusto y perfumada con las esencias de su agrado; aparecía contenta; le prodigaba atenciones y caricias; tocaba en el piano sus canciones favoritas; al marcharse le ofrecía una flor; sin suprimir ninguna de sus comodidades ó caprichos, hice algunas economías en los gastos de la casa y principalmente en los míos, diciéndole que sin duda con las malas cosechas nuestra fortuna había disminuído; no le contrariaba aunque dijera los mayores disparates y me revelé amante apasionada, con la dignidad de la esposa y las alegrías de una cortesana.

No sé si Eduardo se dió cuenta de mi abnegación, del terrible sufrimiento que se ocultaba bajo la máscara de mi fingida alegría, ó si volvió á encontrar en mí la solicitud cariñosa de otros tiempos. El resultado fué que unas veces con el pretexto de que me oyerá tocar el piano le retenía más tiempo junto á mí; otras al verme vestida con un traje elegante me proponía llevarme al teatro, oferta que yo aceptaba inmediatamente, y poco á poco, insensiblemente, mi esposo iba teniendo más cariño al hogar y menos afición á la calle.

El éxito me daba fuerzas para proseguir en la lucha por reconquistar el bien perdido, y ponía en práctica todas las coqueterías estudiadas que tanto gustan á los hombres.

Una noche, terminada la cena, después de darle el clavel más hermoso de los que ocupaban el centro de la mesa, toqué una canción napolitana en la que el artista había puesto las melodías más tiernas de su mágica inspiración. Era el lamento de un enamorado que se aleja para siempre del lugar en que vive la ingrata que ha labrado su eterna desventura.

Eduardo estaba detrás de mí, y al terminar la canción cogió mis manos entre las suyas y apretándolas fuertemente me preguntó:

— ¿Quieres que nos vayamos á la casa de campo donde pasamos la luna de miel?.. He estado distraído con asuntos que me robaban la tranquilidad y me han hecho perder mucho dinero, pero aún nos queda lo bastante para que podamos ser felices.

La alegría de la victoria hizo que el llanto asomara á mis ojos.

Miré á Eduardo y vi que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

- Eres la más buena y la más hermosa de las mujeres, me dijo.

Y no hablamos más. Nuestras almas se habían comprendido.

Desde aquella noche este hogar es completamente feliz; pero como el dolor es el gran maestro de la vida, sigo siendo la esposa y la amante: no quiero que tenga que buscarla fuera de casa.

- Tus palabras vienen á resucitar ilusiones perdidas y me sirven de consuelo. Quizá Julio...

- Sí, añadió Isabel. Puedes reconquistarle. Eres joven y hermosa, hay fuego en tu corazón y no están blancos tus cabellos.

Al amor, como á las flores, solamente le mata el frío de la nieve.

GABRIEL BRIONES.

BOCETO

UNOS CUANTOS MILLONES

¡8.726.519 y 6.104.470! de onzas de oro, libras esterlinas, duros ó pesetas..., preferible lo primero..., serían bastante para dejar arregladito á un hombre y á una familia; no soy ambicioso: cedería la primera partida á quien me proporcionase la segunda sin perjuicio de tercero..., y según á que tercero se perjudicase, me tendría sin gran cuidado.

¡Ocho y seis millones, con sus respetables picos! Pero no se trata de dinero: se trata de algo que vale más que el dinero; se trata del filón del que puede sacarse, del manantial del que puede brotar ó chorrear el dinero.

En letra de molde lo leí en un periódico: según una estadística, refiriéndose á España, resultaba la primera la de los individuos que carecen de oficio y beneficio; es decir..., vagos; y la segunda la de los que no saben leer ni escribir..., ó sean, ignorantes.

Dándonos por contentos y satisfechos con nuestro



EUDOXIA, cuadro de Max Pietschmann

inalterable censo de población, los 16 millones de habitantes, las antedichas sumas de millones de vagos y de incultos no me parecen excesivas; no hay

motivo para alarmarse ni descorazonarse, pues nos resulta un buen pico que se ocupan en algo y que saben leer y escribir.

Tranquiliémonos, repitiendo la célebre frase de la tragedia: ¡Aún hay patria..., Veremundo!

Eso de la pérdida de las ricas Antillas, de las miles de vidas allí extinguidas y sacrificadas, de los destrozados buques de guerra, de los millones gastados, de la incesante emigración, del malparado crédito, de los excesivos cambios, y honra y vergüenza por el lodo... y el rabo por desollar..., todo esto, con lo mucho que se deja en el tintero, no significa gran cosa, comparado con nuestras energías, aptitudes, recursos y medios para regenerarnos y levantar muy alto nuestro nombre, prestigio y poderosa acción en el concierto ó desconcierto europeo. ¡Todo se andará!

El comienzo no es malo; 8.726.519 españoles sin oficio ni beneficio..., es decir, ese respetable puñado de hijos de la patria dispuestos ó disponibles para utilizarse en oficios y beneficios, porque si los tuvieran no podría contarse con ellos como disponibles, y 6.104.470 que no saben leer ni escribir, pueden aprovecharse en que aprendan lo conveniente á ellos y á la patria, dejándoles en la provechosa ignorancia de cuanto á ellos y á ella sea nocivo.

Pues eso que parecía una calamidad, puede resultarnos una ganga. Lo desconsolador sería si todos esos individuos tuviesen ya sus oficios..., si todos estuviesen al corriente..., entonces el apuro sería insuperable...

¡No contar con gente disponible! ¡Ahí es nada! En este caso nos resultaría inútil y por demás atender á la Instrucción Pública, pensar en creaciones de escuelas de todo género y para toda clase de profesiones, oficios y carreras..., faltando gente para ocuparse en estudiar y aprender, ¿qué se hace? Teniendo ya oficios y beneficios, sabiendo ya leer y escribir, ¿á qué pretenderlo? Nos resultaría encontrarnos con la ley de la impenetrabilidad de



Crepúsculo, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)



los cuerpos, donde está uno no puede haber otro: ¿o sea, ¿cómo empeñarse en hacer saber al que sabe, en ocupar al que está ocupado, en instruir al instruído, en educar al educado?

Aunque parezca paradójico, nuestro gran recurso está en esos ocho millones y pico de vagos, y los otros que no saben leer ni escribir..., ese cúmulo de ciudadanos y ciudadanas daría de sí para mucho más de lo que puede suponerse ligeramente mirado. Digo y repito que es una ganga y un gran filón para regenerarnos..., porque si esperamos dar este paso con la rutina de todo lo ensayado, sin corrección ni enmienda, con los elementos con que hoy se cuenta y con los cuales se sueña, podemos esperar... tendidos... Es de precisa necesidad echar mano de algo nuevo y estupendo; y ahí están los vagos y los ignorantes.

Las naciones civilizadas fundan su poderío, su riqueza, su bienestar y todo lo que contribuye á la consideración de tales, en lo instruído de sus individuos, en su ocupación útil y el producto de su múltiple y variado trabajo. Pero como nosotros lo pensamos y hacemos todo al revés de ellas, ¿por qué no hemos de fundar esa esperanza en la utilización de los vagos y aprovechamiento de los ignorantes? ¿Quizá diese un resultado!

JUAN O-NEILL.

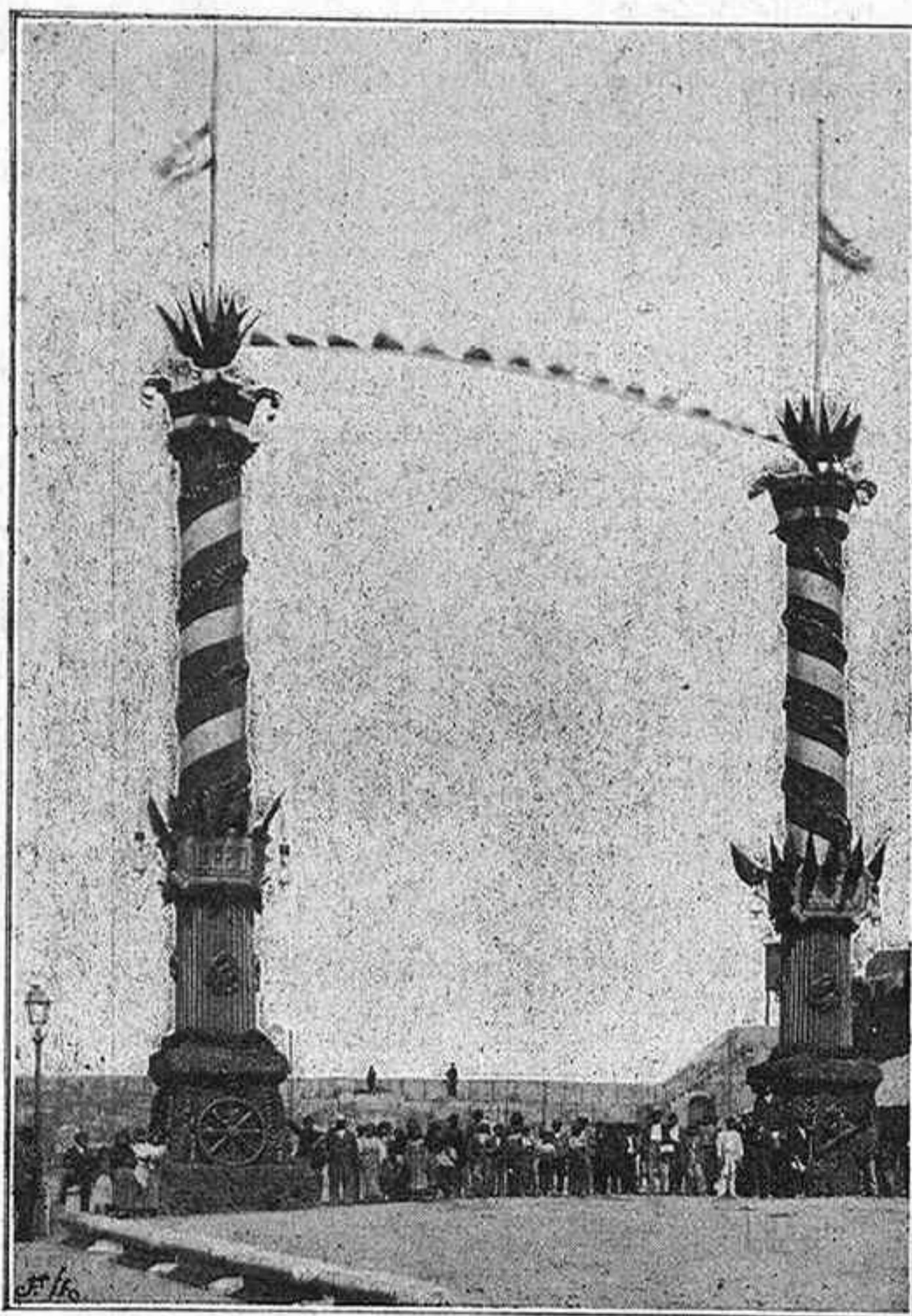
LAS CRUCES

I

En dos años largos que hacía que Periquín estaba en la manigua, no había escrito una mala carta ni á la tía Marina, su madre, ni á la Gabriela, su novia, ni á nadie; ni siquiera al padre Sebastián, que tanto le protegió en su infancia de monaguillo cepero.

Hacía ya tiempo que en el pueblo se le daba por muerto en alguna de aquellas sangrientas jornadas que diariamente relataban los periódicos, y más de una vez la tía Marina llegó gimiendo y moqueteando hasta los pies de la Virgen de la Vega á pedir á la santa que si Periquín vivía escribiera, y si había muerto fuera derechito al cielo.

Así es que el mismo padre Sebastián quedó petrificado cuando recibió aquel sobre de Cuba y leyó



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - GIJÓN. - Columnas levantadas por la fábrica de hierros y alambres Moreda (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

aquellas líneas de garrapatos firmados por Periquín, que decían ó más bien querían decir:

«También dirá usted á mi madre y á la Gabriela y á todos que estoy vivo y que me embarcaré con mis cruces en el primer vapor que salga para España...»

La noticia corrió como el fuego, y á la media hora ya no se cabía en casa del padre Sebastián; Santa Fe en masa quería leer con sus propios ojos los cuatro garrapatos con que Periquín anunciaba su regreso.

Roque y la tía Marina, los dos viejecitos que tanto habían rezado por la vida de Perico, lloraban de alegría cuando el vicario leía, letra por letra, la providencial esquella.

Algunos de los trasnochadores mozalbetes del pueblo vieron aquella madrugada á una mujer que rezando y arrodillándose de trecho en trecho, subía descalza la cuesta del Sagrario; decían que era tan hermosa, que el pálido reflejo de luna bañaba de un tinte bíblico su cara de virgen; y hubo quien juró y perjuró que aquella virgen era Gabriela, que llegaba á rezar al Cristo de la Luz por la feliz noticia.

II

Era día de fiesta. El riente caserío de Santa Fe simulaba de lejos paisaje de blancos copitos de nieve, enjambre de palomas encamadas hendiendo al aire el plumaje de sus abanicos. Una inmensa sábana de sol doraba la alfombra verde que á modo de collar de flores silvestres ciñe aquel alegre montón de torres y chimeneas.

Acababa la misa mayor. Mozos y



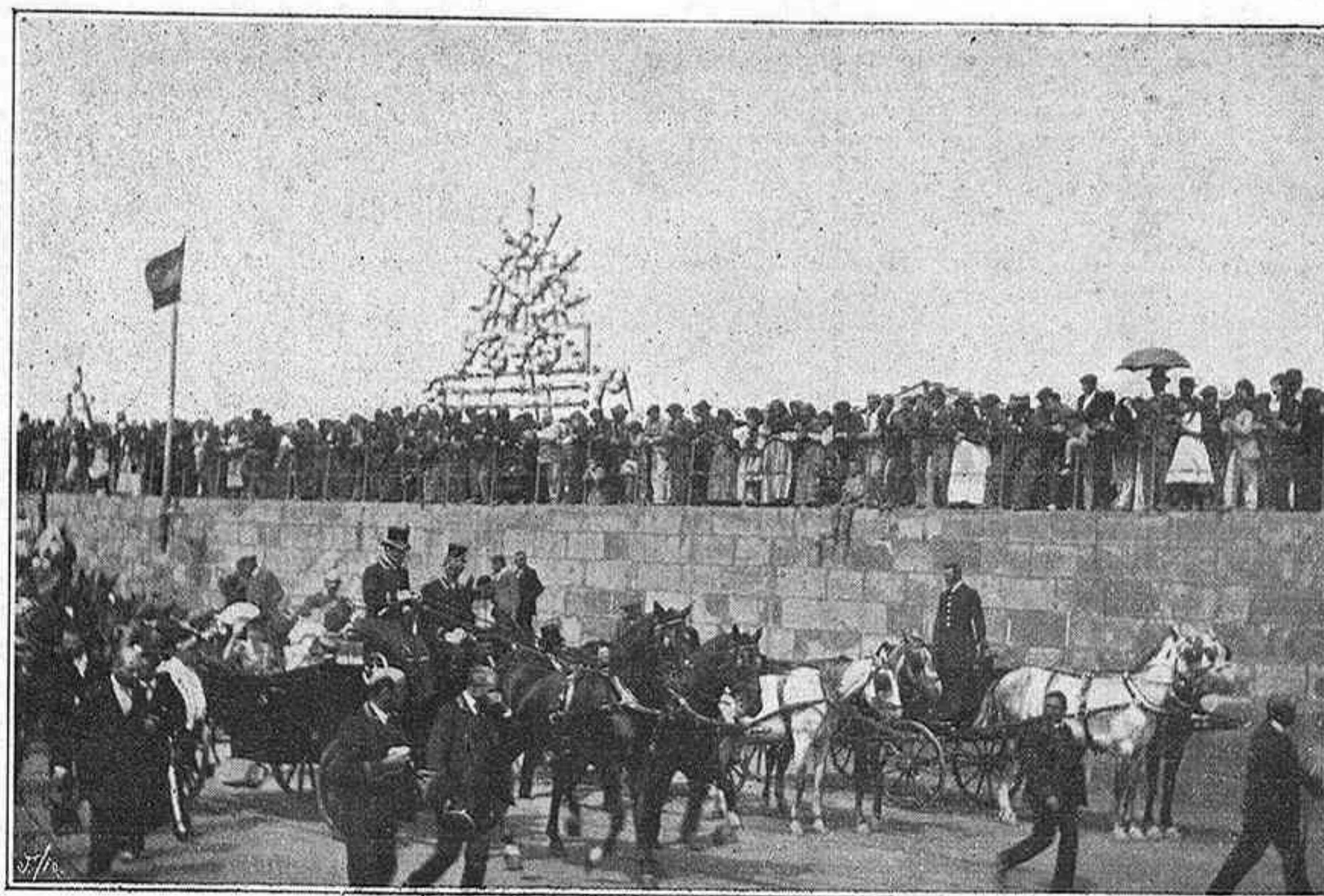
Paso de SS. MM. y AA. por el Boulevard (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - Arco levantado por el Crédito Industrial Gijonés (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón)

mozos cruzaban en perezosos grupos los alrededores de la iglesia. Las músicas sacras del órgano ahogaban en el espacio el último ritmo de sus angélicas vibra-

do las agujas de Santa Fe, la banda de música entonó una lucida marcha, y el tío *Isquierdo*, el pregone-ro, comenzó á gritar dirigiéndose á las ventanillas de



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - GIJÓN. - Llegada de SS. MM. y AA. (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón)

ciones, y por todas las rendijas del templo salían, como nimbo de nubes, jironcitos azules de incienso. El suave reflejo que bañaba la penumbra del pórtico, arrancaba á las vidrieras grises destellos multicolores y cintas de luz morada, y en lo más elevado de la torre, sobre la alta cúpula, una bola dorada flameaba con llamaradas de fuego.

Aquel día llegaba Periquín. Después de la misa todo el pueblo bajaría á recibir lleno de júbilo al guerrillero que años atrás gateaba por los retablos de la iglesia y hacía diabluras con la *chica* y la esquila del campanario.

III

El alcalde y el padre Sebastián formaban la cabecera de la comitiva.

Quando el tren pisó tableteando las agujas de Santa Fe, la banda de música entonó una lucida marcha, y el tío *Isquierdo*, el pregone-ro, comenzó á gritar dirigiéndose á las ventanillas de los repatriados:

- ¡Viva el hijo de la tía Marina! ¡Viva Periquín!.. ¡Viva!..

Periquín apareció en la portezuela temblando de emoción, y entonces empezaron los gritos y los atracones al coche. Volvía que daba pena verle: seco, escuálido, hundidos los ojos, con el color plomizo de la calentura tropical, y tan débil, tan decaído, que se moría á chorros. Las mujeres se le colgaron al cuello: una le besa, ésta le limpia el sudor, aquélla le enjuga las lágrimas. Y todas á la vez, después de mirarle y remirarle mucho,



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - GIJÓN. - Arco de carbón de piedra levantado por la Industria Hullera (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

- ¡Las cruces, las cruces!.. ¿Dónde están las cruces?, decían gritando.

El pobre Periquín, lleno de angustia, elevó sus ojos al cielo, y mientras desabrochaba trabajosamente su chambra de rayadillo, díjoles con voz muy débil:

- ¿Mis cruces, mis gloriosas cruces?.. ¡Pues miradlas!..

Y sobre la tabla desnuda y huesosa de su pecho aparecieron grabadas dos grandes cicatrices de un rojo cárdeno, en las que resaltaban como emblema purpúreo dos líneas en forma oblicua, símbolo perfecto de aquel gran madero donde escribió Jesús la redención del mundo...

A las oraciones todavía resonaba por las calles del pueblo aquella orquesta solemne de besos y lágrimas, de músicas y vivas al heroico Periquín.

Y á intervalos oíase también la voz fatigada del héroe que, ahogándose y todo, repetía á la sordina:

- ¡Viva España!.. ¡Viva España!..

IV

Pocos meses después, una madrugada, al rayar el día, la gorda del campanario vibró los acompasados y medrosos golpes del sacramento.

Algunas rejas de las inmediatas á la iglesia abriéronse silenciosas, y manos discretas asomaron temblorosas luces con que alumbrar la obscuridad de la plaza, por donde cruzaban precipitadamente el vicario y el sochantre de semana.

El padre Sebastián tuvo un negro presentimiento. ¡Se lo dijo una ladrona y agorera lechuza que cruzó chirriando un salmo elegíaco por los aleros de la casa del pobre Periquín!..

V

Y otra vez los trasnochadores mozalbetes del pueblo aseguraron haber visto, de vuelta del cementerio, á la hermosa mujer de la cuesta del Sagrario, en cuyo rostro de Virgen reflejábese, como beso de luz alabastrina, un rayo de pureza. Decían algunos que con sus pies de nieve y sus ojos húmedos y brillantes y su manto de cabellos á la espalda, parecía una dolorosa..., y hubo quien juró y perjuró que aquella dolorosa era Gabriela, que volvía de colgar en el nicho de Periquín una corona de pensamientos...

E. ALBERTO CARRASCO.

VIAJE DE SUS MM. Y AA.

Con objeto de que S. M. el rey D. Alfonso XIII visitara algunas poblaciones de la costa Noroeste de la península, dispuso el gobierno el viaje que actualmente está realizando la Real familia á bordo del *Giralda*. Componen la escuadrilla regia, además de este buque, el cañonero de primera clase *Vasco Núñez de Balboa*, el *Urania*, precioso yate donado al Estado por su propietario el señor Recur, y el crucero de tercera clase *Infanta Isabel*.

Salieron los regios viajeros de San Sebastián el 16 de agosto último, á las diez de la mañana, y llegaron á Bilbao á las cuatro de la tarde, dirigiéndose inmediatamente á la Basílica de Santiago, en donde se cantó un *Te Deum*, y de allí al Ayuntamiento, en cuyos salones verificóse una recepción solemne, y al palacio de la Diputación. Al día siguiente, SS. MM. y AA. oyeron misa en el santuario de Begoña, colocaron la primera piedra del hospital de Bazurco, y visitaron las fábricas «Vizcaya» y «La Ibérica», y los Astilleros del Nervión.

En la mañana del 18, el *Giralda* zarpó con rumbo á Gijón, adonde llegó á la madrugada del 19, desembarcando algunas horas después en el muelle de Musel. Después de haber asistido al *Te Deum*, que se cantó en la Iglesia de San Pedro, los reyes y su acompañamiento presidieron en las Casas Consistoriales la recepción, terminada la cual se dirigieron al lugar en donde ha de emplazarse el nuevo cuartel de Alfonso XIII, procediendo allí á la colocación de la primera piedra de este edificio. Por

la Colegiata. Al día siguiente visitaron la población, y á la una y media de la tarde del día 1.º zarpó la escuadrilla, llegando pocas horas después á Villagarcía, en donde permanecieron los reyes hasta la tarde del 2, en que salieron para el Ferrol. El desembarque en esta última ciudad se verificó á las cinco de la tarde del 3; en el puerto se encontraban anclados varios buques de guerra extranjeros enviados allí expresamente para saludar á los reyes de España. Los festejos que en el Ferrol se han celebrado han sido como los verificados en las demás poblaciones del itinerario recorrido, habiendo Sus Majestades y AA. visitado los principales edificios y sitios de la ciudad y asistido á varias recepciones y fiestas en su honor organizadas. El día 7 se habrá dirigido la escuadrilla á Santander, desde donde regresará á San Sebastián.

En todas partes han sido los reyes aclamados con entusiasmo; en todas partes las corporaciones oficiales y particulares han rivalizado en el adorno de las poblaciones visitadas por aquéllos, y en todas partes el pueblo se ha asociado á las manifestaciones de cariño y respeto dispensadas á la real familia.

Las fotografías que en esta página y en la anterior reproducimos y que dan idea completa de lo que en honor de los regios viajeros hizo la importante ciudad de Gijón, nos han sido remitidas por el notable fotógrafo gijonés D. Ricardo del Río, á quien damos las más expresivas gracias por la atención que con

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha tenido. - Z.

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer. - Los ingleses continúan lenta, pero seguramente, su movimiento de avance, habiéndose apoderado el general Buller de Machadodorp y habiendo cruzado el río Cocodrilo. En los montes de este nombre se han concentrado las tropas del general boer Botha, excepción hecha de algunos comandos que probablemente se dedicarán á dificultar las comunicaciones del citado general inglés con el Natal.

Kruger, Steijn y algunos comandantes se han marchado, según parece, á Nedelspruit.

No quiere esto decir que los ingleses ocupen tranquilamente los territorios por ellos invadidos; y bien lo demuestra el hecho de que 500 boers que hace tiempo operaban en las inmediaciones de Johannesburgo, han entrado recientemente en la cárcel de Klip River, situada á ocho



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - GIJÓN. - Colocación de la primera piedra del Cuartel de Alfonso XIII (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón).

la tarde, después de la recepción particular organizada en honor de Sus Majestades en el palacio de los condes de Revillajigedo, la escuadrilla se dirigió á Avilés, adonde llegó el 20 al mediodía, y por la tarde recorrieron los regios viajeros la población, visitando la Casa Ayuntamiento.

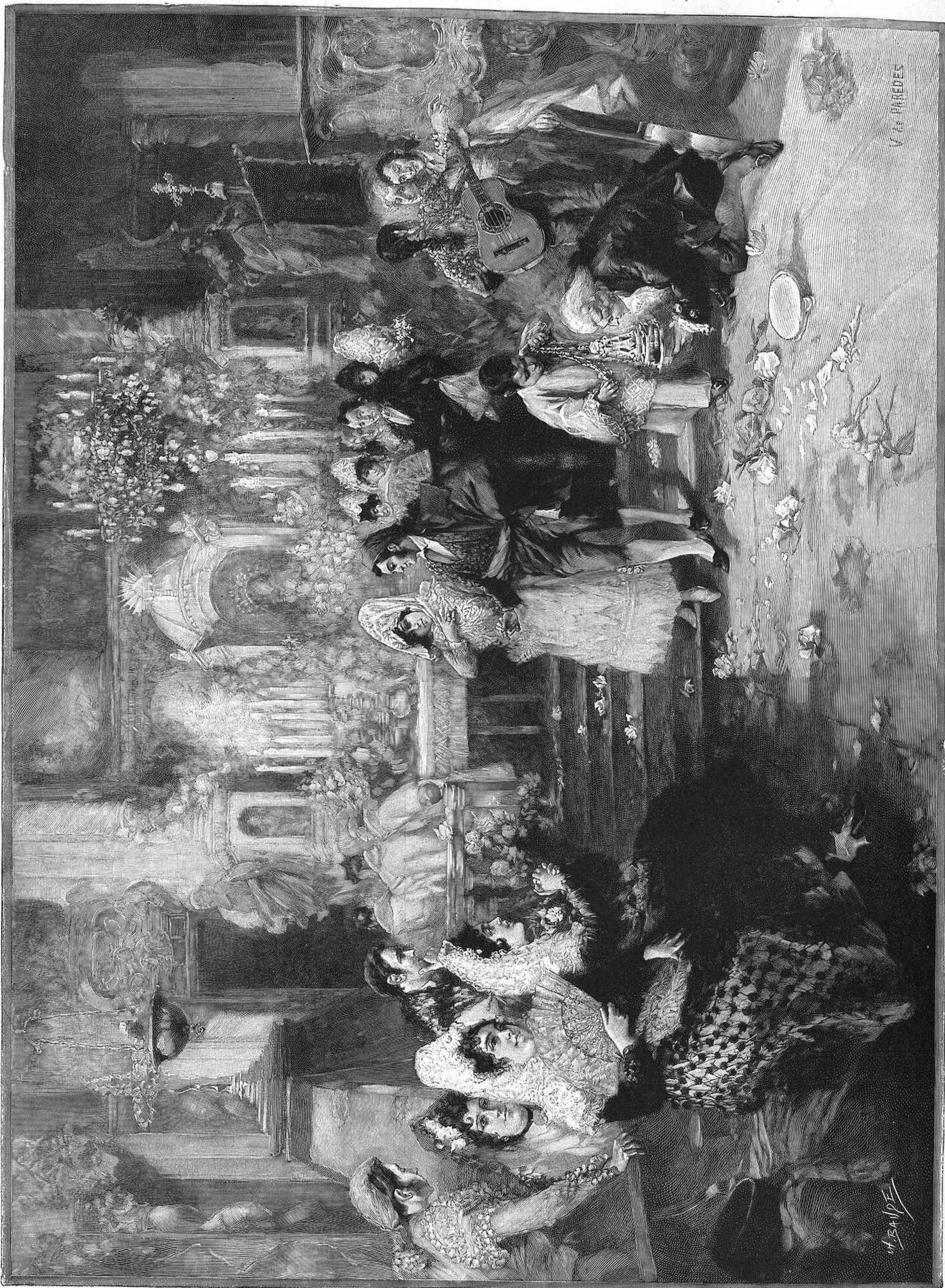
El 21 salió el *Giralda* de Avilés y á las cuatro de la tarde del 22 llegó á la Coruña: la familia real no desembarcó hasta la mañana siguiente, asistiendo al *Te Deum* en la iglesia de San Jorge y á la revista militar que se verificó en la Avenida del Cantón, visitando el Instituto fundado por el señor Guaseda y concurriendo á la recepción en la Capitanía General y por la noche á la función de gala del teatro Principal.

Los temporales que se desencadenaron en las costas cantábricas obligaron á la escuadrilla á permanecer en la Coruña hasta el día 28, en que, habiendo abonanzado el tiempo, se hizo á la mar, visitando Corcubión, Muros y Marín, desde donde Sus Majestades y AA. se dirigieron el día 30 por tierra á Pontevedra. En aquella ciudad, después de oír el *Te Deum* en la iglesia de Santa María, asistieron á la recepción que se verificó en el palacio de la Diputación Provincial, y de regreso á Marín, dirigieron los regios viajeros á Vigo, adonde llegaron en la tarde de aquel mismo día, asistiendo á la función religiosa de

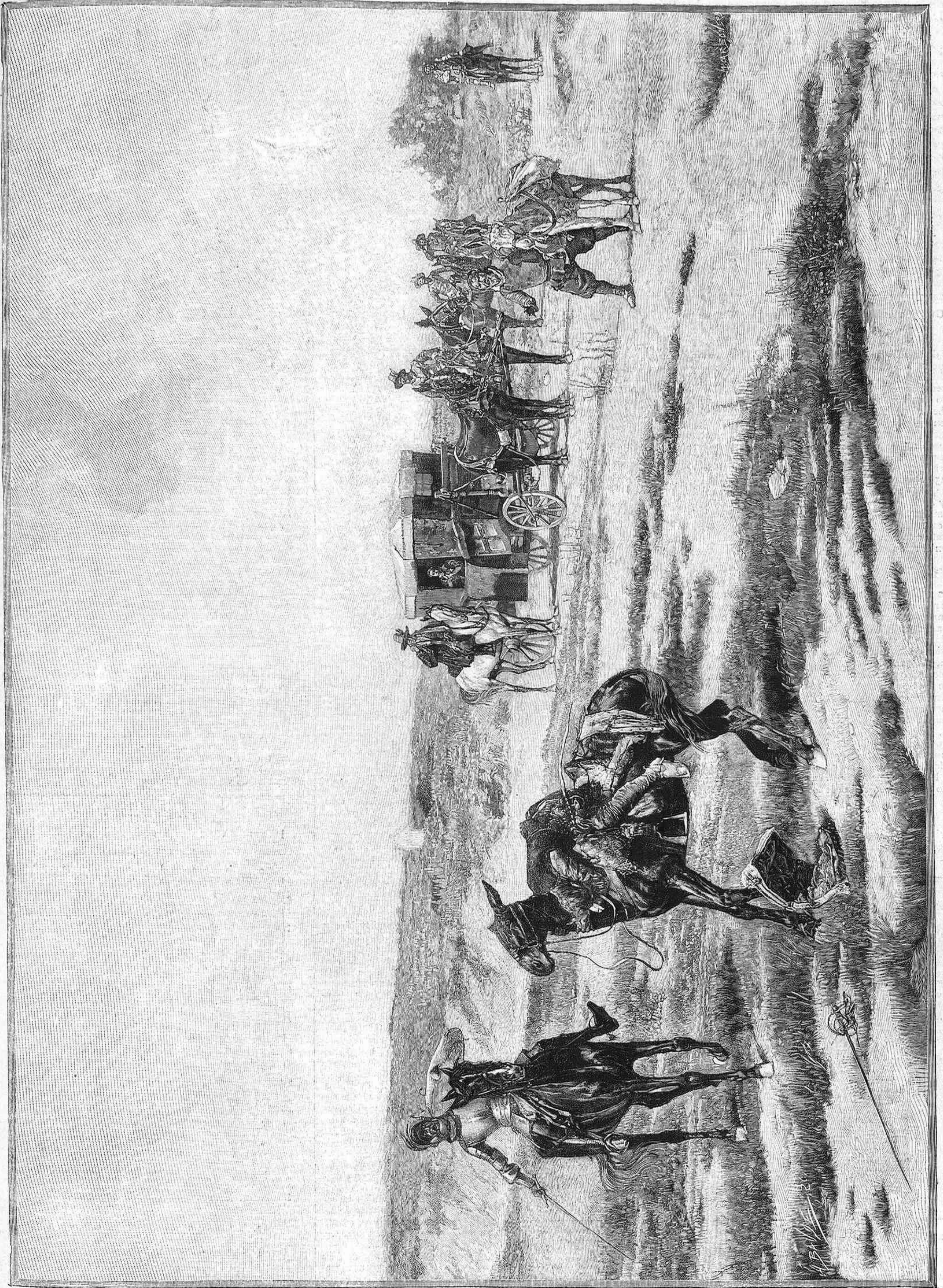


VIAJE DE SS. MM. Y AA. - GIJÓN. - Arco levantado por el Ayuntamiento (de fotografía de D. Ricardo del Río, Gijón)

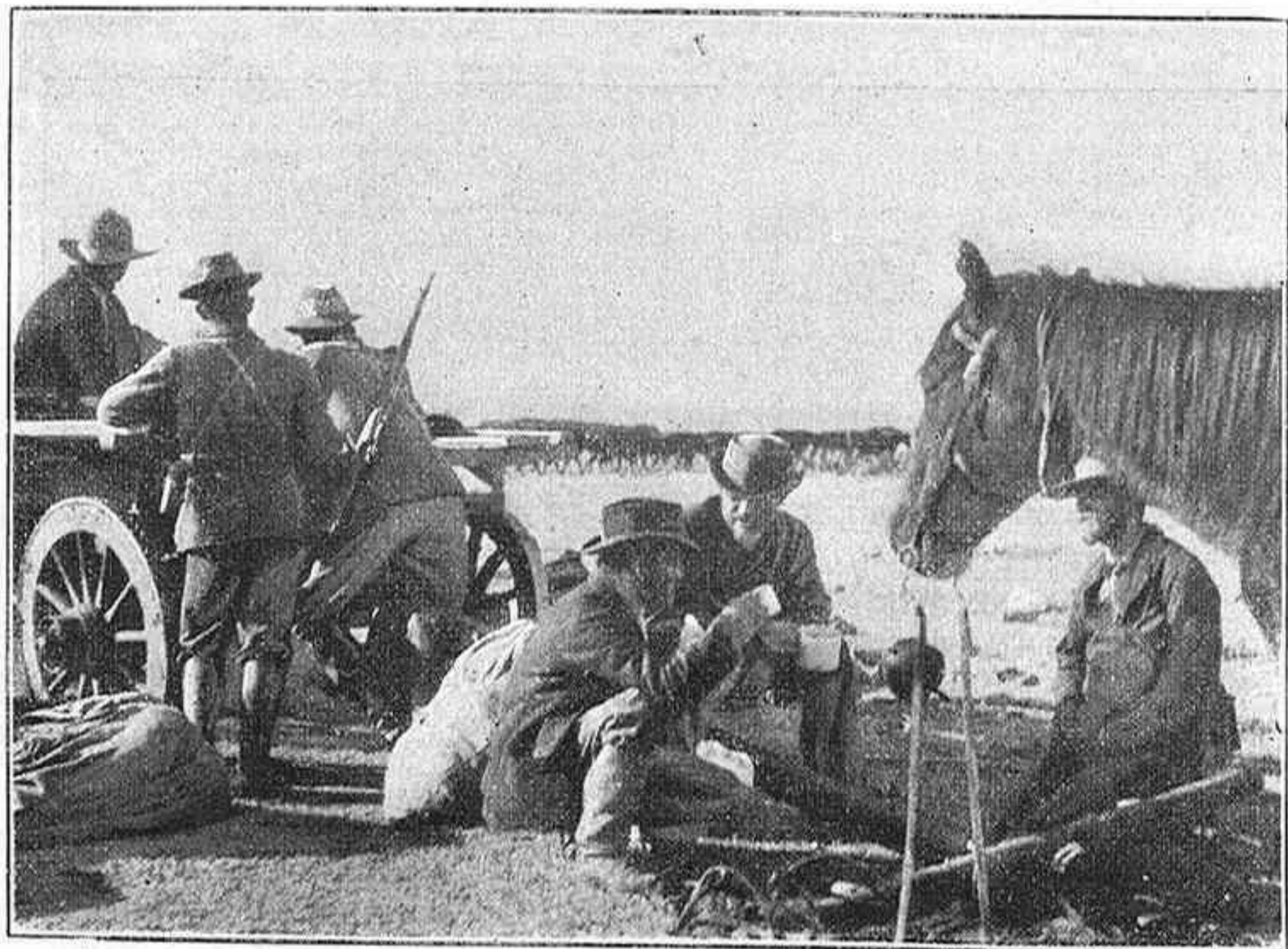




UNA BODA EN VALENCIA, cuadro de V. de Paredes (Salón de París de 1900).



COMBATE DE DON QUIJOTE Y EL ESCUDERO VIZCAÍNO, cuadro de José Moreno Carbonero (Exposición Universal de París de 1900)



GUERRA ANGLO-BOER. — El general De Wet, su secretario Du Toit y el ex presidente de Orange Mr. Steijn en su campamento



GUERRA ANGLO-BOER. — El hijo del general De Wet en el campamento de su padre

millas de aquella capital, poniendo en libertad y armando á los prisioneros que allí había y que eran en su mayor parte extranjeros é indígenas. Aunque el general Brabant logró poco después recuperar á 35 de aquellos prisioneros, el golpe de mano llevado á cabo por los guerrilleros boers indica que dista mucho de haberse restablecido la normalidad aun en los puntos en que parecen estar más sólidamente establecidos los ingleses.

El general Roberts ha publicado una proclama declarando que desde 1.º de septiembre el Transvaal forma parte de las posesiones de S. M.

Las bajas de los ingleses desde el comienzo de la guerra hasta el 25 de agosto alcanzan la cifra de 40.561 entre muertos, heridos, enfermos, prisioneros y repatriados, sin contar los heridos y enfermos que han podido volver á las filas ni los que en la última indicada fecha se encontraban en los hospitales.

En esta página publicamos el retrato del general De Wet, que tanto está dando que hacer á los ingleses, y algunos grabados con él relacionados.

cual todas las producciones de este artista, cuya característica consiste en dar á sus obras el sello de la distinción y de lo bello.



GUERRA ANGLO-BOER. — El general boer Cristián De Wet

Los quintos, cuadro de Dagnan-Bouveret.—Es el autor de este cuadro uno de los primeros pintores franceses contemporáneos, y basta leer su firma al pie de un lienzo para poder afirmar desde luego la bondad del mismo. Profundo observador de la vida moderna, sabe reproducir, no sólo la realidad física de las escenas que á sus ojos se ofrecen, sino además la vida, el alma que en ellas palpita, despertando en el ánimo del espectador un sentimiento intenso. Aunque no conociéramos de él otras obras, muchas de las cuales han sido reproducidas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, bastaría la que hoy publicamos para demostrar que nuestras apreciaciones no son exageradas: analícese cada una de las figuras que en la composición entran, y díjase luego si no hay en todas ellas esa expresión que produce la emoción de la verdad admirablemente sentida y no menos admirablemente pintada. El jurado de la actual Exposición de París, al conceder á *Los quintos* la mayor recompensa, ha hecho justicia á las excelencias del cuadro, y ha consagrado la fama de que desde hace tanto tiempo goza su autor.

Curiosidad, cuadro de Francisco Masriera.—La nueva producción de Francisco Masriera debe estimarse como un medio utilizado por el artista para dar muestra de su

Eudoxia, cuadro de Max Pietschmann.—Figuró este cuadro en la última exposición alemana de Bellas Artes celebrada en Dresde, y con justicia llamó la atención de críticos y aficionados inteligentes por la naturalidad de la actitud y la expresión del rostro de la dama retratada y por la simplicidad de ejecución que en él se admira. No hay en esa figura el menor asomo de *pose*, el más pequeño artificio; todo en ella es verdad, y de aquí el encanto que su contemplación produce; que la belleza, cuanto más ajustada á la realidad se ofrece, tanto más cautiva.

Crepúsculo, cuadro de Félix Mestres.—Notable progreso señala en Félix Mestres el cuadro que reproducimos en estas páginas. Corresponde á un género especialísimo, que hace algún tiempo cultiva con aprovechamiento, puesto que representando cuadros de costumbres locales obedecen todos ellos al empeño del pintor en obtener el resultado que persigue por medio de las difíciles tonalidades que han de resultar amortiguando la luz, cual acontece en el lienzo titulado *Crepúsculo*, en el que se destaca una amorosa pareja en uno de los más pintorescos sitios de los alrededores de Barcelona, y en el momento en que el día declina acentúanse las sombras y el artista ha de luchar, según hemos dicho, con los limitadísimos recursos para obtener efecto.

Una boda en Valencia, cuadro de V. de Paredes.—El distinguido pintor español Sr. Paredes ha seguido en este cuadro las huellas de los que, con Fortuny al frente, han creado un género especial en nuestra pintura, y justo es consignar que el éxito más completo ha coronado su obra, pues en *Una boda en Valencia* ha sabido vencer las ma-

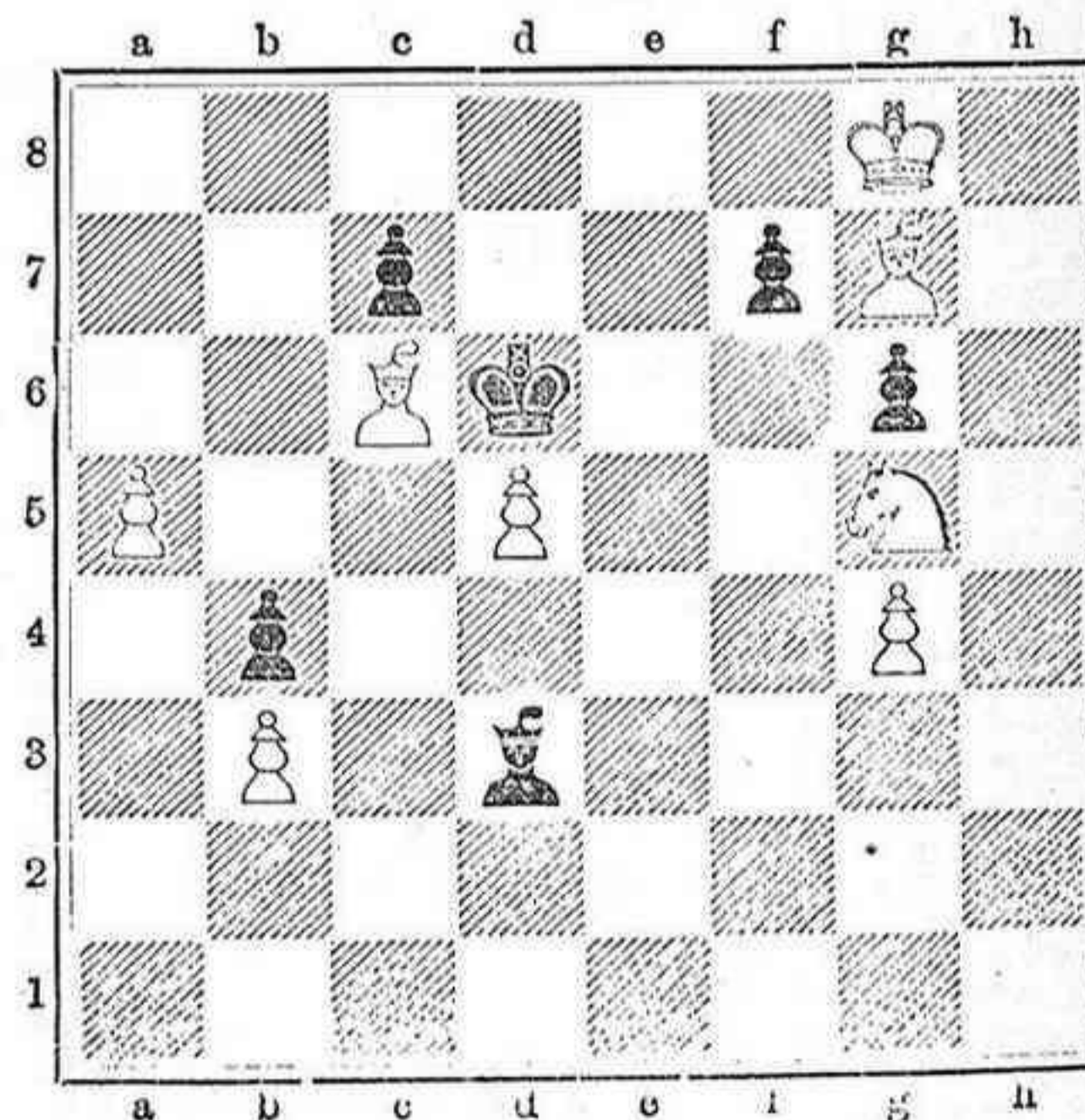
Combate de Don Quijote y el escudero vizcaíno, cuadro de José Moreno Carbonero.—El nombre de Moreno Carbonero representa y significa una de las más justificadas glorias del arte español contemporáneo y una de las personalidades más dignas de estudio y encomio. Difícil sería, en el corto espacio de que hoy disponemos, enumerar sus méritos y mencionar sus obras. Bastará consignar que el distinguido pintor malagueño ha cultivado, con extraordinaria maestría, todos los géneros, manifestándose siempre dueño del color y habilísimo en aplicar la brillante y maravillosa gama de su paleta, en la que se amasan las portentosas coloraciones distintivas del ambiente meridional del país del artista, en donde la naturaleza, la luz, los tipos y el todo que lo constituye rebosan vida pródiga y exuberante. Español es el artista, y si nos fijamos en la técnica de sus producciones, lécito ha de sernos suponer que en él ha ejercido honda influencia la escuela de Fortuny, y españoles son asimismo los asuntos elegidos, pues entre los innumerables que pudiéramos citar, mencionaremos *La conversión del duque de Gandía*, preciosa joya del «Museo de arte moderno», y las escenas del *Gil Blas de Santillana* y del *Quijote*, entre las que figura la que reproducimos, inspirada en el singular combate del buen manchego con el escudero vizcaíno, descrito en el capítulo IX de la inmortal obra de Cervantes, que el artista ha interpretado magistralmente.

Descansando, cuadro de José Balenyá (Salón del Círculo Artístico).—Forma parte José Balenyá de ese grupo de jóvenes artistas que, llenos de entusiasmo y con señaladas aptitudes, cultivan el arte, formando la nueva falange encargada de continuar la obra comenzada por esa merítisima pléyade de pintores, á los cuales se debe el renacimiento artístico de Cataluña. El lienzo que reproducimos, de filiación ruralista, demuestra las aptitudes y cualidades del novel artista y hace concebir la esperanza de que dentro de pocos años llegará á producir obras de verdadero mérito.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 208, POR O. LOBBECKE

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

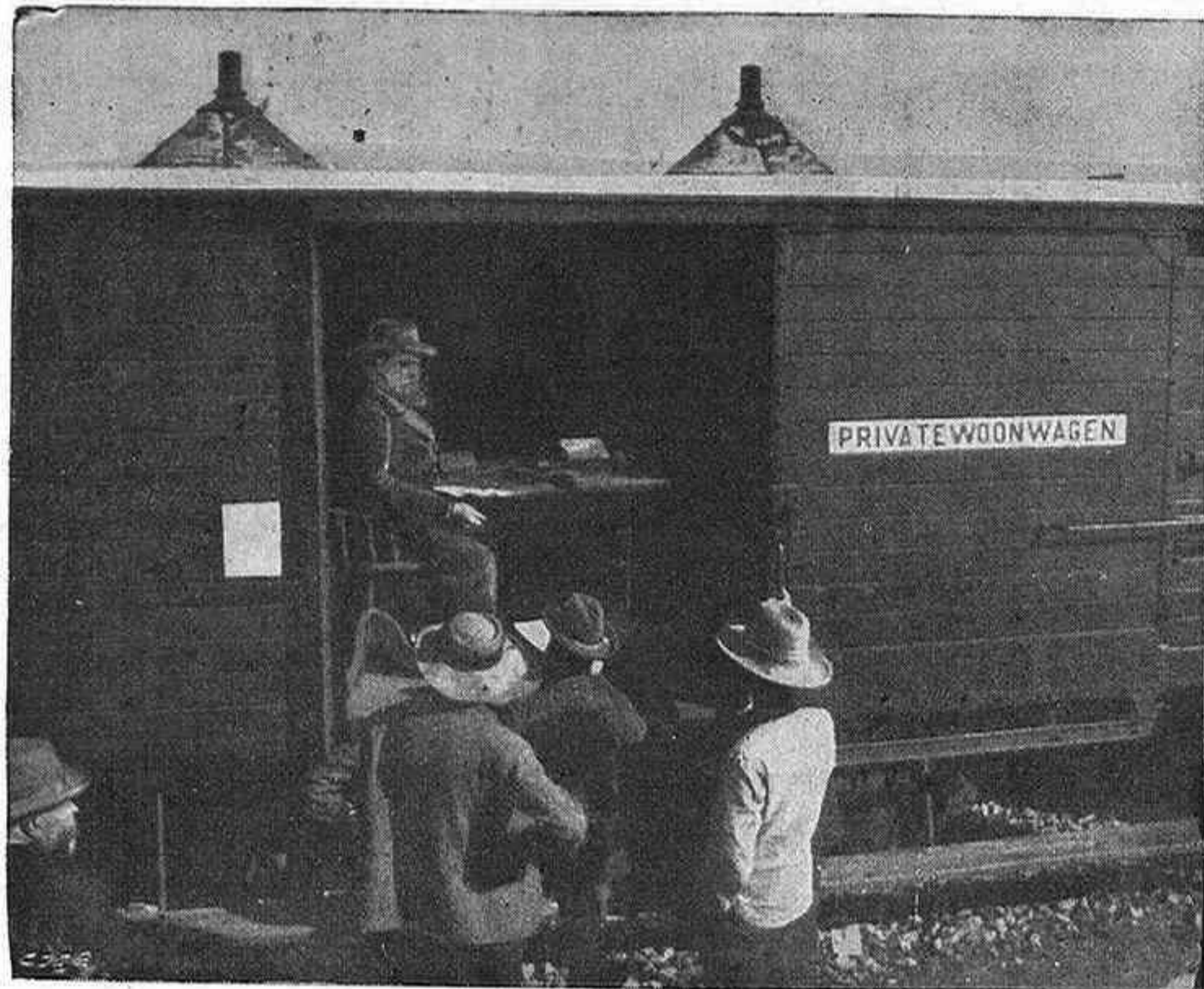
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 207, POR PH. KLETT

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T b 3-b 5 | 1. C f 7-e 5: |
| 2. D h 8-e 8 | 2. Cualquiera. |
| 3. D, C, T ó P mate. | |

VARIANTES

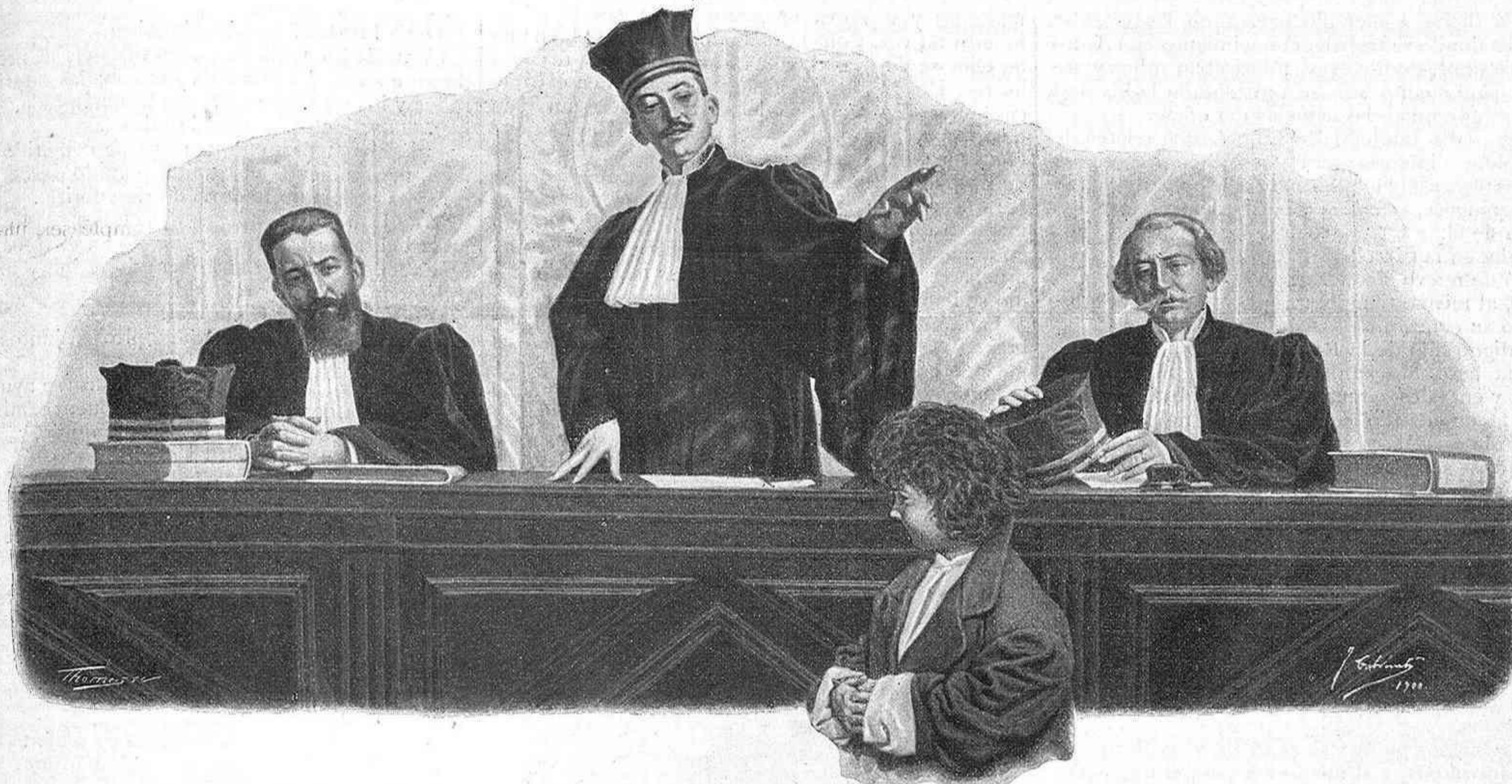
- 1.... C f 7-e 5; 2. e 5-e 6 f 6; etc.
 1.... C f 7-e 5; 2. e 5-d 6; etc.
 1.... T b 3-b 5; 2. D h 8-a 8; etc.
 1.... R d 1-e 5; 2. e 2-e 4 juq. etc.



GUERRA ANGLO-BOER. — Vagón que forma parte del tren del presidente Kruger y que hace las veces de Caja del Tesoro

habilidad, de su maestría y de su exquisito gusto. La bella figura de la joven modelo, que tras el biombo atisba la importuna visita que impide al pintor proseguir su trabajo, es un modelo de delicadeza de ejecución, así como los pormenores que completan el cuadro, resultando un conjunto que atrae y seduce,

yores dificultades de composición y acumular esa riqueza de detalles y esas notas de color que caracterizan el género á que hemos hecho referencia. El jurado de la Exposición Universal de París, en donde figura este lienzo, ha otorgado á su autor una mención honorífica.



Fanfán, convicto de vagabundería, pero «habiendo obrado sin discernimiento,» era enviado á una casa de corrección

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— La historia de siempre, dijo el sargento, sentándose al escritorio para inscribir al recién llegado. A ver, muchacho, ¿cómo te llamas?

Fanfán vaciló un momento.

¿Qué nombre iba á decir?

Acordóse de su amigo y contestó:

— Claudio.

— ¿Y de apellido?

— No tengo apellido.

— ¿Cómo se llama tu padre?

— No tengo padre.

— ¿Pues cómo se llamaba?

Fanfán calló otra vez.

Entre los pilletes que pululan por París, hay muchos que vagabundean por holgazanería y por vicio; pero abundan también los que huyen de los malos tratamientos que reciben en sus casas.

Y es difícil obtener de los niños de esta última categoría la indicación exacta del nombre y domicilio de sus padres.

Los hay que apenas cuentan diez años, é inventan historias y nombres con tales apariencias de verdad, que despistan completamente á la policía.

Otros se encierran en un silencio tan obstinado, que no hay súplicas, ni promesas, ni amenazas que les haga salir de su reserva.

Al sargento no le sorprendió mucho el empeño de Fanfán en no querer dar explicaciones.

— El señor comisario será tal vez más hábil que yo en hacerte hablar... ¡Ea!, mientras tanto, ponle á la sombra.

Uno de los guardias encerró al niño en un calabozo provisto de un catre en que roncaba un borracho.

Al ruido de la puerta, el hombre despertó á medias y dijo:

— ¡Calla! ¡Un muchacho! Acuéstate á mi lado, y me quitarás el frío.

Fanfán empezó á gritar.

La puerta volvió á abrirse en seguida.

El borracho se había incorporado, y su cara bestial era tan horrible, que el sargento comprendió el espanto del niño.

Inmediatamente le hizo salir.

— Échate ahí sobre esa manta, al lado del guardia que te recogió, dijo á Fanfán.

Y encerró de nuevo al borracho.

Cerca de las doce del día, después de una entrevista con un comisario, tan infructuosa como su conversación con el sargento, Fanfán fué metido en el

coche celular que recoge tres veces diarias los presos de cada cuartelillo.

— Anda, muchacho, le dijo el sargento. Haces mal en no querer dar las señas de tus padres. Es posible que tengas tus motivos para no hablar; pero tu obsesión te costará muchas lágrimas, porque se me figura que eres un chico de buen fondo.

El coche celular llegó al Palacio de Justicia y se detuvo en un patio interior.

Fanfán y sus compañeros de viaje fueron sacados uno á uno de sus compartimientos.

Un agente les condujo á una salita, haciéndoles sentar en varios bancos, colocados delante de la mesa de un inspector.

Aquel es el *Bureau de la Permanence* por donde desfila sin cesar la población nómada ó criminal de París.

Allí es donde se puede observar la verdadera fisonomía de los acusados.

Transcurridos algunos días ó simplemente algunas horas, cada cual habrá reflexionado, combinado su plan ó preparado su papel en la soledad de su encierro.

Al oír su nombre, Fanfán se levantó, mientras el inspector se enteraba someramente del acta de su arresto.

— ¿Cómo te llamas?

— Claudio.

— ¡El apellido!

— No tengo.

— ¿Qué edad tienes!

— No sé.

— ¿Dónde vives? ¿Dónde viven tus padres.

— No sé.

El niño empezó á llorar.

El lúgubre aspecto de la sala, lo grueso de las puertas y cerrojos, el aire severo de los guardias, su palabra imperativa y breve, su mirada dura, el rostro patibulario de los presos que le rodeaban y aquella especie de automatismo á que le sometían desde por la mañana, todo había producido en el pobre muchacho una indecible emoción.

No tenía miedo.

¿De qué había de tenerlo?

No había hecho nada malo.

Quería ser honrado y nada más; quería aprender un oficio para trabajar como todo el mundo.

Quería escapar para siempre á los horribles espectáculos que le habían aterrorizado. ¡No quería robar! ¡No quería ser cómplice de un crimen mucho mayor!

No iban á meterle en la cárcel por esto.

Aquellos hombres parecían algo rudos, pero no debían ser malos.

Por la mañana en el cuartelillo, los guardias de orden público le habían dado de comer.

El sargento le miraba con ojos llenos de indulgencia y compasión, y había empleado mucha dulzura para arrancarle su secreto.

Pero no podía decirlo.

Le hubieran devuelto á sus verdugos.

No. Ninguna de aquellas personas, que representaban la justicia, le castigaría.

No tenía más que explicarse, decir lo que deseaba, y se le concedería.

El inspector continuó:

— No se trata de llorar. Vamos á ver; tú sabes muy bien la calle en que viven tus padres ó tus amos. ¿Qué oficio tienes?

— No tengo oficio, contestó Fanfán entre sollozos; pero yo le juro á usted, caballero, que lo que yo deseo es trabajar y ser honrado. Dígame usted lo que tengo que hacer, y lo haré en seguida. Obedeceré y seré bueno.

— Pues dime dónde viven tus padres.

Fanfán bajó la cabeza, apretó los dientes y redobló sus sollozos.

El inspector hizo una seña.

Uno de los guardias cogió al niño del brazo y lo condujo á una sala inmediata.

Allí había un hombre.

Con una rapidez increíble, registró los bolsillos del muchacho y sacó de ellos algunos objetos insignificantes: un trompo con su cuerda, un pañuelo, un cuchillo y cinco monedas de á cinco céntimos.

— A este galopín no le han preso por haber saqueado el Banco de Francia, dijo el hombre entregándole á otro individuo que llevaba en la mano un manojo de llaves.

— Sígueme, dijo éste.

Fanfán obedeció; siguiendo á su guía, atravesó un gran patio, entró por una puerta de hierro que se había abierto por la parte de dentro con gran ruido de herrajes, y pasando de mano en mano y de guardia en guardia, llegó á la última puerta y fué metido en un patio estrecho en que entretenían diversamente sus ocios unos treinta muchachos de corta edad, bajo la vigilancia de un carcelero que se paseaba por el corredor.

¡Estaba en la cárcel!

Entonces recordó todo lo que el infame Isidoro



le había dicho á menudo acerca de las cárceles.

Allí es donde se trababa conocimiento con ladrones y asesinos, donde éstos preparaban robos y asesinatos para cuanto hubiesen recobrado la libertad, donde se aprendían las astucias del oficio.

Y recordaba también los vergonzosos relatos del miserable, las infames costumbres que le habían descrito, los placeres ignominiosos que le habían pintado.

La vergüenza, la cólera y la desesperación se apoderaron de él.

¡Estaba en la cárcel!

Echó de nuevo á sollozar.

Pero, al mismo tiempo, un pensamiento valeroso reanimó su corazón.

Era digno hijo de la Bretaña.

Había heredado la obstinación orgullosa de su abuela, y en tales circunstancias, la obstinación se convertía en elevado sentimiento de noble firmeza.

— ¡En la cárcel!..., dijo. No he merecido estar en ella. Pero si me tienen aquí días, la atravesaré sin contaminarme, sin hablar á nadie; y puesto que no he cometido ningún acto punible, no tendrán más remedio que ponerme en libertad. No habré dicho el nombre de los miserables que no quiero volver á ver. Así nadie me obligará á juntarme otra vez con ellos.

Sus compañeros de cárcel le parecieron horribles. Su cinismo, el alarde de sus vicios, sus fanfarronadas obscenas le dieron asco.

Poco le importaban las burlas de los más desvergonzados.

Tenía buenos puños; su agilidad y su destreza eran maravillosas, y el miedo era para él un sentimiento desconocido.

Al cabo de pocas horas, todos lo habían comprendido ó más bien adivinado así.

Hasta los más talluditos le respetaron.

Bien que la presencia del vigilante impedía toda manifestación ruidosa.

Los más tunantes se contentaron en juzgarle imbecil.

Todos dejaron que llorase solo.

Por la noche, le dieron de cenar, pero no pudo probar bocado. A la hora de acostarse, subió con los demás al dormitorio.

Este dormitorio se hallaba en el primer piso, en el cuerpo de edificio de la enfermería.

Era una gran sala, baja de techo, con escasa ventilación y poca luz.

Reinaba en ella un calor insoportable, y el hacinamiento de los muchachos la llenaba de un olor fétido, aumentado por la presencia de barriles que servían de urinarios.

Todos los presos hacían cama redonda sobre jergones, cubiertos con mantas.

Un mechero de gas alumbraba el dormitorio y siempre había un vigilante de guardia.

Según la ley, todo preso ha de ser interrogado por un juez de instrucción, antes de que pasen veinticuatro horas.

El juez le pone en libertad, si es evidente su inocencia, ó regulariza su detención firmando una providencia, en virtud de la cual el acusado entra en la cárcel.

Pero á menudo, cuando se trata de un niño, la Prefectura de Policía, por no entregarlo á la justicia, practica averiguaciones y diligencias á fin de obtener que vuelva al seno de su familia; y entonces el niño se queda en el Depósito, en espera del resultado.

Lo mismo hace el tribunal en muchas ocasiones.

Los magistrados no continúan en la instrucción del proceso, sino cuando resulta probado que la mendicidad, la vagabundería y el robo son ya para el niño una costumbre, imposible de corregir sin los medios rigurosos de la condena, ó cuando están persuadidos de que vale más sustraer al niño á la influencia perniciosas de su familia, que dejarlo en libertad.

El acta de arresto de Fanfán hizo suponer desde luego á la Prefectura de Policía y después al juez de instrucción que se trataba del caso frecuente de un niño que huía de los malos tratamientos de su familia.

Practicáronse diligencias que no dieron resultado.

Interrogado por el juez, Fanfán se obstinó en guardar silencio.

Pero el magistrado, acostumbrado á sondear las almas y los corazones á través de las máscaras más impenetrables, al ver en la candidez de sus bellos ojos, en aquella mirada franca y firme sin desfachatez, en aquella frente serena, en aquellos labios sonrosados y correctos, indicios bastantes para comprender que no se hallaba en presencia de un hipócrita ni de un vagabundo, se interesó por él, perseverando en su propósito de ponerlo en libertad.

— Escucha, muchacho, le dijo: adivino tu situación. Tienes un padre que es malo contigo, que te

maltrata; y si no es tu padre, es tu madre. El ha muerto tal vez, y ella te mata de hambre. O bien uno de ellos se porta mal, y su escandalosa vida te causa horror. Has huído de ellos para crearte una existencia honrada, ¿verdad? Lo leo en tu cara, eres un buen muchacho. Pues bien, yo te prometo, si es así, que te arrancaremos de sus manos y te colocaremos donde no puedan hacerte daño. Pero necesitamos estar seguros, absolutamente seguros de que tus padres merecen que te sustraigamos á su autoridad. No tengo la menor duda, pero necesito una prueba. Y esta prueba la tendremos tan pronto nos hayas dicho cómo se llaman y dónde viven.

Fanfán sufría cruelmente al oír tan buenas palabras.

Creía en la sinceridad del magistrado.

Estaba seguro de que al dar los informes que le pedían, se libraba de Ceferina y Caracol.



Permanecía día y noche solo, encerrado en su celda...

Veinte veces estuvo á punto de hablar, pero siempre se lo impidió un sentimiento singular.

— Si digo quiénes son, pensaba, se descubrirán sus crímenes. Y yo les habré hecho traición. Lo cual es una cobardía, una infamia. ¡No! ¡No me lo harán decir!

El magistrado tuvo que mandarlo al Depósito, bajo el nombre de Claudio.

Al día siguiente, Fanfán fué trasladado á la *Petite-Roquette* en el coche celular.

Esta cárcel de muchachos está formada por un inmenso hexágono de tres pisos, que forma circunferencia en torno de un punto central ocupado por una rotonda. Tiene seis alas que van de la circunferencia al centro, como los radios de una rueda, y dividen el hexágono en seis partes iguales.

La cárcel contiene quinientas celdas.

Los presos se hallan sometidos á un trabajo cualquiera.

Fanfán, detenido provisionalmente, no tenía que trabajar.

Permanecía día y noche solo, encerrado en su celda sombría y triste.

En un momento dado, el carcelero le abrió la puerta para que bajase al patio.

Después del tiempo reglamentario, le volvían á encerrar.

En su celda no veía más que al carcelero que le llevaba la comida.

Era aquélla una tumba más lúgubre que las que guardan los cadáveres. Sobre éstas, al menos, llueven oraciones, lágrimas y flores.

Hay viejos condenados que se vuelven locos al cabo de algún tiempo de permanecer en el silencio y la soledad del calabozo.

Aquella existencia quebrantaba al pobre niño.

No comprendía por qué razón le habían impuesto un silencio tan cruel.

Lloró amargamente al principio.

Tuvo después arrebatos de cólera concentrada, que hinchaban sus venas y le oprimían el corazón.

Más tarde, el desaliento y la desesperación se apoderaron de su ánimo.

Por último se infiltró la cobardía en su alma.

Sus tormentos eran insufribles.

Haría traición á *Caracol* y á sus cómplices.

Diría cuanto sabía.

Daría los detalles más minuciosos.

Contaría las maldades cometidas en su presencia durante sus viajes por toda Francia; las raterías, los robos y los secretos oficios de la sonámbula, y también el asesinato de aquel hombre...

Ignoraba el país en que se había cometido el crimen, pero indicaría el camino seguido desde entonces, y la policía no tardaría en descubrirlo.

Y en cambio de aquellas delaciones, según la promesa del juez, sería feliz, educado en el trabajo y la honradez. Le enseñarían á leer y á escribir y un buen oficio con que ganarse la vida.

¡Volvería á ver á Claudinet!

Quizá conseguiría que les empleasen juntos en un mismo taller.

¡Qué dicha! El uno animaría al otro; se ayudarían mutuamente, y marchando por el buen camino, serían los dos seres más felices del mundo.

Estaba, pues, resuelto á decirlo todo.

Pero al día siguiente había cambiado de idea. Sería indigno denunciar á su padre y á su madre... No haría tal cosa.

Lo único que quería era no volver al lado de ellos. Lo demás, poco le importaba.

Le encerrarían, es verdad, pero también le enseñarían á trabajar, indicándole la senda del bien.

Un día fué conducido otra vez en el coche celular al Palacio de Justicia.

Entró en una salita obscura en que varios municipales estaban de guardia.

Al lado de ellos había hombres y mujeres de rostro repulsivo. Allí esperó más de una hora.

Luego se abrió una puerta.

Le llamaron.

Un soldado le cogió por el brazo y le obligó á sentarse en un banco.

Enfrente de él había tres hombres con toga negra, sentados en un tribunal.

Aquellos hombres, de severo aspecto, le miraban con indulgencia evidente, pero con una gravedad espantosa.

Fanfán comprendió que á aquellos hombres no les podía mentir, y decidióse á guardar el silencio más absoluto.

Otro hombre, envuelto también en una toga de magistrado, se levantó y dijo algunas palabras.

Fanfán no las comprendió.

Sentía detrás de él una muchedumbre que le miraba. Parecióle que de aquella muchedumbre partían insultos y frases de desprecio para el muchacho sentado en el banco de la infamia.

El presidente del tribunal insistía:

— Muchacho, no persistas en el silencio obstinado que guardas. Dinos tu nombre y apellido y el de tu padre. Suspendemos la causa por ocho días, si es necesario, para hacer las investigaciones necesarias y evitarte una condena que sentimos haber de pronunciar. Vamos, habla.

Fanfán, sin despegar los labios, hizo con la cabeza una señal negativa.

Después de una corta deliberación, el tribunal pronunció la sentencia.

Fanfán, convicto de vagabundería, pero «habiendo obrado sin discernimiento», era enviado, en virtud del artículo 67 del Código penal, á una casa de corrección hasta que fuese mayor de edad.

Por la noche, fué otra vez llevado á la *Petite-Roquette*.

Pero esta vez era encerrado en ella como penado. Sin embargo, no fué matriculado en la escribanía y no se le impuso el uniforme que se usaba en el establecimiento.

El juez de instrucción se había interesado por él. Previendo una condena, había obtenido de antemano que Fanfán no purgaría su pena en París, sino en una colonia penitenciaria de muchachos, cuyo director, á quien conocía mucho, le parecía capaz de discernir pronto las cualidades del joven preso y de obtener quizá del mismo una confesión completa.

Al día siguiente, Fanfán fué llamado á la escribanía. Un hombre grueso, de grandes bigotes y aire marcial, vestido con un uniforme de botones blancos y un quepis, estaba hablando con el escribano cuando el muchacho entró:

— ¡Ajá! Un nuevo recluta. Chiquillo, voy á llevarte conmigo al campo. ¿Estás contento?

— ¿Y qué voy á hacer con usted en el campo?

— Trabajarás.

— ¿En la tierra?

— No. Nuestra colonia penitenciaria es industrial. Aprenderás un oficio, el que tú quieras; de modo que, cuando salgas, al ser mayor de edad, serás un buen obrero y podrás ganarte honradamente la vida, si tienes disposiciones para ello.

— Sí, señor; me aplicaré y estarán contentos de mí.

— Parece un buen diablo, añadió el hombre, dirigiéndose al escribano.

— Viene muy recomendado por el juez del tribunal del Sena.

— Lástima que esté tan paliducho. Me temo que esté delicado de salud. Pero todos los niños parisenses que ustedes nos envían, llegan así á la colonia. Una vez allí, como tengan buena conducta y no hagan frecuentes visitas al calabozo, engordan en seguida y adquieren muy buen semblante, gracias á la comida sana que les damos, al aire puro que respiran y á la regularidad de la vida que llevan. Pero estoy hablando y se me va á escapar el tren... ¿Ha terminado usted la documentación?

— Aquí la tiene usted... Tenga la bondad de firmar el recibo.

Fanfán salió con el hombre, que era uno de los empleados de la colonia penitenciaria industrial de Moisselles.

Iba muy contento.

Ya estaba seguro de no volver á caer en manos de Caracol.

Permanecería en la colonia hasta ser mayor de edad.

¿Qué le importaba aquel largo cautiverio? De allí saldría convertido en un buen operario.

El empleado que le conducía le refirió que los colonos salían todos los domingos á paseo, que el director, capitán retirado, les había organizado militarmente, que había una charanga y un orfeón...

— ¿Enseñan también á leer al que no sabe?

— Naturalmente. Cada día, durante dos horas, les enseña un maestro de escuela.

Tomaron el tren en la estación del Norte, bajaron de él después de una hora escasa de marcha, en la estación de Domont, y después de andar dos ó tres kilómetros á pie, llegaron á Moisselles.

Desde la salida de París, Fanfán se sentía indispuerto.

Aquella súbita alegría, después de tantas emociones, le dió fiebre.

— Eso no es nada, le decía el guardia; el aire del campo te pondrá bien.

Una vez en el establecimiento, le dijo el hombre:

— Vamos á presentarle ahora al señor comandante. Procura contestarle bien y ganar su voluntad. Es un hombre excelente, pero algo brusco; severo en cuanto afecta á la disciplina, pero muy justo.

Entraron en un despacho donde un escribano les recibió para matricular al niño.

En aquel momento, el comandante del establecimiento entró, acompañado de una señora joven, vestida de riguroso luto.

— Mi comandante, dijo el guardia, traigo al niño de la *Roquette*. Aquí le tiene usted.

— ¡Ah! ¡Bueno!, contestó el comandante, dirigiendo á Fanfán una mirada investigadora y profunda. Parece buen muchacho. Mire usted, señora de Penhoet, añadió dirigiéndose á la enlutada; ¿qué le parece á usted el nuevo colono que nos envían? ¿No es verdad que tiene cara de buen chico?

Elena no contestó de pronto.

Se había sentido presa bruscamente de una inexplicable emoción; había atravesado su corazón una especie de conmoción inexplicable.

— Usted, que tanto interés se toma por nuestros niños, usted á quien llaman «la buena señora», estoy seguro que va á tener para éste cuidados excepcionales, si su fisonomía no miente.

— Estoy segura de que no me engaña, comandante, dijo Elena, que se había repuesto en seguida. ¿Verdad, hijo mío, que serás buen muchacho, muy obediente, y que aprenderás á trabajar con buen deseo?

— Sí, señora, balbuceó el niño, palideciendo súbitamente.

— Se lo recomiendo á todos los que entran aquí. Te conviene portarte bien. A los recalcitrantes y de mala índole, tengo que privarles del paseo, y castigarles con la supresión de algún plato y con el calabozo; mientras que á los buenos, por el contrario...

— ¡Comandante!, interrumpió Elena, precipitándose para sostener al niño que iba á caerse; á este muchacho le ha dado algo...

— En efecto... ¡Antonio!..., llame usted á otro guardia y lleven este niño á la enfermería.

— ¿Me permite usted que suba con él?..

— Está usted en su casa, señora. ¿No es usted la hermana de la caridad, la providencia de nuestros pequeños colonos?

Momentos después, Fanfán dormía profundamente en una buena cama de la enfermería.

La enlutada permanecía á la cabecera, cuidando de que nada faltase al enfermito.

Contempló un instante al niño que dormía, y murmuró con una lágrima en el párpado:

— Tendría ahora doce años, como éste... ¡Protégale, Dios mío!.. ¿Qué habrá sido de él en tanto tiempo? Esto dicho, se alejó procurando no hacer ruido alguno.

III

EL INCENDIO

Desde la desaparición de Fanfán, la mala suerte perseguía á la interesante tribu *Caracol* y Compañía. Ceferina afirmaba que habían perdido un *mascoto* y que ya nada les saldría bien.

El negocio del robo tramado por *Caracol* había fracasado.

No atreviéndose á realizarlo sin Fanfán, lo cedió á unos parroquianos suyos, que fueron sorprendidos y presos mientras preparaban el crimen, de modo que el *indicador* no había cobrado su prima.

Panuflo no se atrevía á separarse del coche, por temor de que lo denunciase una mujer con quien había reñido.

Empezaba á reinar allí una espantosa miseria.

A los primeros éxitos obtenidos por la sonámbula en el *boulevard* Rochechouart, había seguido una gran frialdad, y por último, el abandono del público.

Los tres socios se sentían muy vigilados por la policía.

No se habían atrevido á hablar de la desaparición de Fanfán, por evitar investigaciones que hubieran podido comprometerlos.

Abandonaron París para explotar sus alrededores.

En vano los exploraba *Caracol* con su muela á cuestas; el hombre no volvía á su casa más que con el producto de su trabajo de afilador.

Finalmente se habían instalado en el Point-du-Jour, á la orilla del Sena, casi al pie del viaducto por donde pasa el ferrocarril de circunvalación.

Vivían de raterías y asaltos.

Pero las ocasiones eran raras y los botines insignificantes.

La miseria iba en aumento.

No se les ocurría más que ideas lúgubres.

Sobre todo, temían que Fanfán, una vez libre del terror que le inspiraban, contase algo que pudiese perderles.

Caracol pensaba en su vejez.

¿Quién sabe si el niño hubiese podido valerle una fortuna!

Las circunstancias misteriosas y dramáticas que le habían puesto en sus manos, le hacían creer que un día ú otro volvería á encontrarse con el hombre que se lo había confiado, y de esto dependía quizá el bienestar de sus últimos años.

Todo les inducía á buscar á Fanfán, aun á costa de algún peligro.

Panuflo tomó la cosa por su cuenta, y con mucha lógica en sus cálculos y mucha habilidad en sus investigaciones, no tardó en descubrir que el muchacho se hallaba en la colonia penitenciaria de Moisselles, bajo el nombre de Claudio.

Disfrazáronse de personas decentes y se trasladaron á dicho pueblo.

Fanfán continuaba efectivamente en la colonia.

Veinticuatro horas después de haber ingresado en el establecimiento, la «buena señora», sentada á la cabecera de su cama, le decía con dulzura:

— Hijo mío, por favor, dime cómo te llamas.

— Me llamo Claudio, señora.

— ¿Vive aún tu madre?

Al hacerle esta pregunta, tantas veces proferida con locas esperanzas, seguidas siempre de crueles decepciones, Elena experimentaba una gran ansiedad.

Un mes antes, cuando fué detenido en los Campos Elíseos y hasta cuando fué encerrado en el Depósito de la Prefectura de Policía, Fanfán no hubiera tenido el valor de mentir á aquella señora, cuyo rostro le recordaba las bellas imágenes de la Virgen que, á veces, había admirado en las iglesias.

Pero ya había pasado por la cárcel, y el roce con los presos de su edad le había enseñado inconscientemente la necesidad de mentir.

Diciendo la verdad, corría, cuando menos, el peligro de ser devuelto á *Caracol*; mientras que, persistiendo en su silencio, ó reforzándolo con alguna mentira, estaba seguro de quedarse en aquella casa, donde se encontraba tan bien.

— ¿Tienes madre todavía?, repitió Elena.

— Sí, señora.

— ¿Luego no la quieres?

— No, señora.

— Eso no está bien. ¿Y por qué no la quieres?

— Porque tampoco me quiere ella á mí.

— ¿Y tu padre?

— Mi padre murió; mi madre tomó un amante, y desde entonces me pegaban... Por eso huí.

Fanfán repetía una frase que había oído dar en la cárcel á varios pilletes, como excusa de su vagabundería.

— ¿Ve usted, señora?, interrumpió el director. La eterna historia, tristemente verídica, de nuestros colonos.

Elena suspiró y siguió preguntando á Fanfán:

— ¿Dónde vive tu madre?

— En Lyon.

— ¿Viniste de Lyon á París?

— A pie, sí, señora. Pedí limosna por el camino.

— ¡Pobre muchacho! ¿Cuántos años tienes?

— Trece.

El niño se echaba un año más, por el natural deseo de hombrear, pero su desarrollo no desmentía su aserto.

— ¿Qué oficio tenía tu padre?

— Zapatero. El hombre que está ahora con mi madre es amolador.

— ¿Sabes leer y escribir?

— No, señora; pero me gustaría mucho aprender, trabajar en el oficio que me digan, ser buen muchacho, obediente y laborioso. ¡Oh!, créanme ustedes, lo único que pido es que me enseñen y me dejen estar aquí.

El niño mostraba las mejores disposiciones; pero ¿cuántos no habían pasado ya por delante de Elena, inspirándole el mismo interés, para engañarla luego cruelmente!

— Es simpático el galopín, dijo el viejo guardia. ¡Lástima que haya de rozarse con otros que pueden echarlo á perder!

Elena era presa de una inexplicable y creciente emoción.

La idea de una depravación posible de aquel tierno corazón, causóle una especie de dolorosa angustia.

No pudo resistir á la fuerza misteriosa que la atraía hacia aquel desconocido.

— Comandante, dijo al director del establecimiento, ¿me permite usted que me lleve á este niño?

— Los deseos de usted son órdenes para mí, señora, contestó gravemente el veterano. Puede usted llevarse, bajo mi responsabilidad. ¡Quiera Dios que no tenga usted que arrepentirse otra vez de su buena acción!

— Gracias, mi capitán, dijo Elena, tendiendo la mano al director, que la estrechó con respeto.



¿Verdad, hijo mío, que serás buen muchacho?

— ¿Quieres venir á mi casa, hijo mío?, preguntó á Fanfán.

— Sí, señora, con mucho gusto. ¿Es para trabajar?

— Sí; te enseñaré á leer y á escribir, y mi jardinerito te pondrá al corriente de su oficio.

— ¡Oh! ¡Gracias, señora! ¡Qué buena es usted!

Fanfán no pudo encontrar otras palabras de gratitud.

Cogió la mano de Elena, y prorrumpiendo en sollozos, la cubrió de besos y de lágrimas.

(Continuará)

RELOJES CURIOSOS

Pocas cosas hay en nuestros días absolutamente nuevas en materia de relojes; esto no obstante, nos parece que ofrecen cierto interés los tres que publicamos y que están expuestos en el actual grandioso certamen de París.

Los dos relojes que reproducen las figuras 1 y 2 y que forman parte de la sección contemporánea francesa de la Exposición, marchan aparentemente sin más motor que unas cuantas bolas. Esta idea del mo-

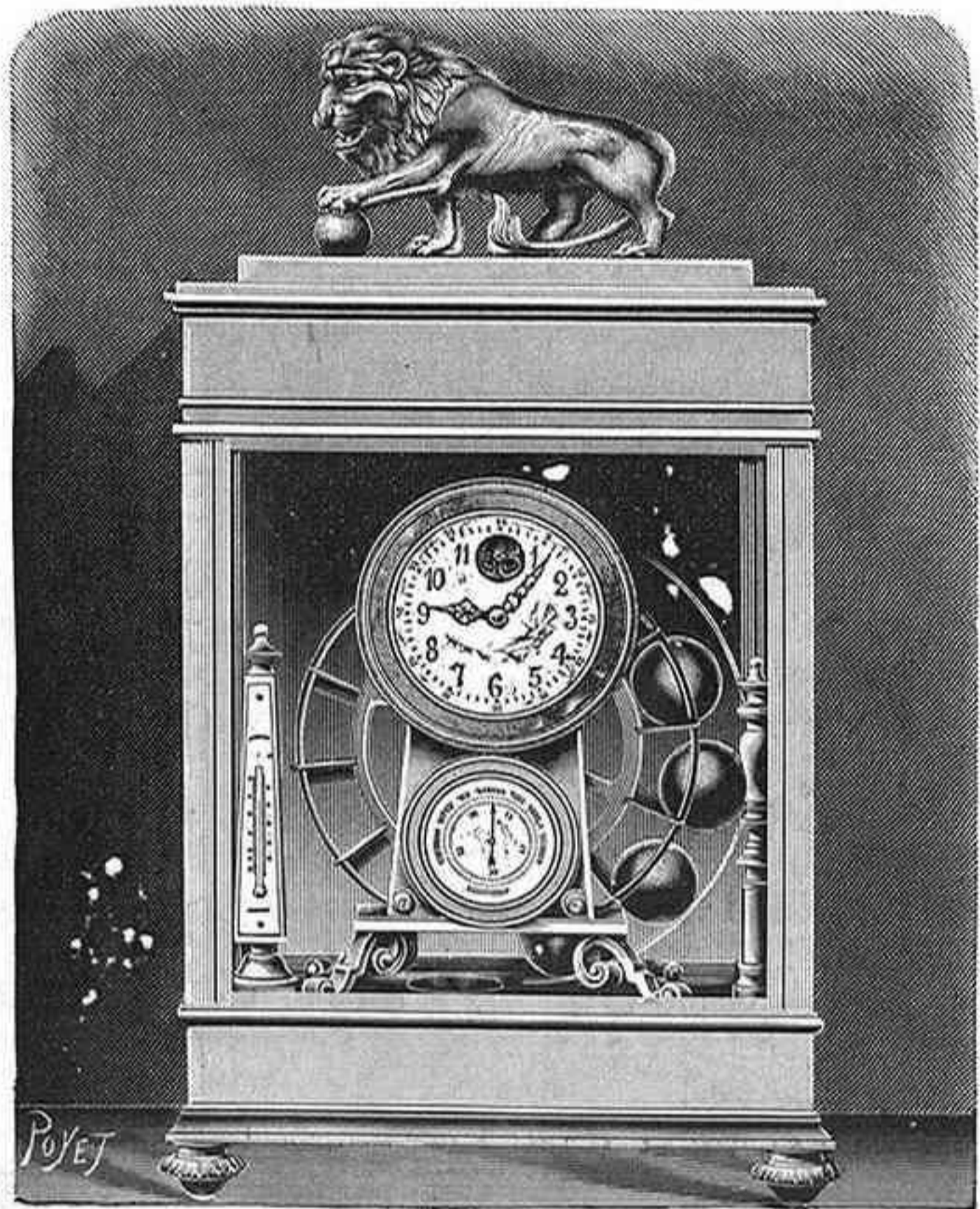


Fig. 1. - Reloj de bolas de fuerza constante

tor de bolas, sea por la caída de éstas, sea por su peso constante, se remonta muy lejos, puesto que de ella encontramos, en cierto modo, algunos indicios en las antiguas clepsidras árabes, y si el que Arún-al-Raschid ofreció á Carlomagno tenía por motor principal el agua, las horas sonaban cayendo unas bolas sobre un timbre. Pero aun sin remontarnos tanto, vemos esa idea aplicada en los dibujos y descripciones que de los relojes que construyó en el siglo XVII nos ha dejado el barón de Grollier de Serviere, el cual dice en su explicación: «Estas máquinas son muy curiosas, y aunque en su mayor parte se fundan en el principio de la elasticidad de los muelles, producen efectos tan sorprendentes que se les considera como pequeños prodigios de arte que, animando, por decirlo así, objetos inanimados, parecen perpetuar el movimiento de éstos hasta el infinito.»

El lado cómico de las descripciones de Grollier de Serviere es su tendencia á querer presentar sus relojes como máquinas de movimiento perpetuo.

Los inventos del barón, así como los del contemporáneo nuestro autor de los dos que reproducimos, son realmente en extremo ingeniosos; pero una buena parte de esta ingeniosidad sirve para disimular el mecanismo indispensable para reparar la pérdida de energía inevitable en toda máquina que funciona.

Era preciso de todo punto emplear un subterfugio, porque, de lo contrario, perdía el invento una gran parte de su interés.

En el reloj que representa la figura 1, la fuerza motriz es debida á la gravedad de las bolas, situada en una semicircunferencia de la rueda de cangilones, que pone en movimiento el sistema de ruedas, el cual es como otro cualquiera y sólo tiene de particular ese motor, cuya fuerza es constante. Las bolas caen en la rueda por un orificio A, practicado en la parte inferior de la cornisa; la rueda, al girar, presenta sucesivamente delante de este orificio los cangilones vacíos, en los cuales caen las bolas que con su peso arrastran las ruedas. Una vez debajo del diámetro horizontal, las bolas tienden á escaparse de los cangilones, pero las mantiene en ellos una guía formada por una plancha de cobre encorvada que sigue el contorno de la rueda hasta hacia el extremo del diámetro; al llegar á este punto las bolas se escapan cayendo en el orificio B practicado en el zócalo, en donde desaparecen en un cajón. De éste se las saca cada semana para colocarlas de nuevo en el cajón de arriba situado debajo del león y que forma acrotera. Este cajón está dispuesto de tal manera, que las bolas se colocan por sí mismas en fila en un plano inclinado que las conduce al orificio por donde han de caer, según dejamos indicado. El número total de bolas es de diez y ocho, de las cuales seis están siempre en función y que se remontan cada ocho días. El re-

loj tiene 52 centímetros de alto por 29 de ancho.

La figura 2 representa un reloj de funciones más múltiples que el anterior, si bien utilizando el mismo principio de fuerza motriz: el número de bolas que caen en la semicircunferencia de la rueda de cangilones que imprime el movimiento, es mayor. El aspecto de esta parte del reloj recuerda las ruedas hidráulicas de ciertos molinos ó fábricas que utilizan los saltos de agua de grandes alturas. Las bolas llegan por el resbaladero A, situado en lo alto de la esfera, y caen en el compartimiento vacío que se presenta debajo, por una abertura B, practicada en el extremo del resbaladero.

La rueda, en su curso circular, dejaría caer las bolas si no se hubiese obviado este inconveniente, como en el reloj anterior, colocando en C una plancha de metal que las mantiene en su puesto hasta que llegan á su destino; entonces caen en el resbaladero D, el cual por medio de sucesivos planos inclinados las conduce hasta la cadena de cangilones E. Esta cadena es movida por un sistema de ruedas de relojería de muelle motor que tiene cuerda para una semana, y este movimiento, cuidadosamente disimulado en el zócalo del reloj, constituye el secreto del movimiento perpetuo.

Como es necesaria una correlación entre la caída de las bolas arriba y abajo, la cadena sólo avanza de un modo intermitente, regulada por el movimiento del reloj por medio de un sistema de palancas gobernado por la rueda dentada que se ve detrás de las agujas en el centro de la esfera.

Una vez remontadas, las bolas van á caer en el resbaladero que, según hemos dicho al principio de la descripción, las conduce á la rueda. En ésta hay siempre veinte de aquéllas. El número total de las bolas es de cuarenta y caen, ya en el resbaladero de arriba, ya en el de abajo cada minuto, pero no al mismo tiempo: es decir, que si, por ejemplo, la bola de arriba cae en el momento en que la aguja marca en la esfera un minuto, la siguiente caerá un minuto después; al paso que la bola de abajo no abandonará el compartimiento de la rueda sino cuando la aguja marque el medio minuto, y así sucesivamente. Esto tiene por objeto aumentar el curiosísimo aspecto de actividad que ofrece este reloj, pues de este modo hay una acción cada 30 segundos.

El movimiento se monta cada ocho días y el reloj mide 55 centímetros de alto por 46 de ancho.

Aunque en otro género, es también curioso el reloj que reproduce la figura 3 y que ha sido fabricado por M. Passerat.

Sobre un pie cuadrangular de madera cubierta de bronce decorativos, hay un plato de estaño de las dimensiones ordinarias. Exteriormente, nada parece indicar que exista una relación cualquiera entre el plato y el pedestal, siendo la única relación entre ambos objetos una señal casi invisible que permite colocar el primero siempre en el mismo sitio sobre el segundo.

El plato lleva en sus bordes divisiones parecidas á las de un reloj, de modo que puedan marcarse en él las horas. Si llenamos de agua este recipiente y colocamos en él un patito que pueda flotar, veremos que éste toma inmediatamente una dirección fija é indica la hora con el extremo de su pico. Dejando el aparato inmóvil, observaremos que el animal se mueve suavemente como se movería la aguja de un reloj, de modo que á cada momento señala la hora.

El mecanismo es fácil de comprender. En el interior de la caja hay un sistema de relojería que pone en movimiento un eje vertical sobre el que está fijada una rama horizontal equilibrada, en uno de cuyos extremos se ha colocado un poderoso imán. El sistema está calculado de manera que la rama horizontal dé una vuelta completa cada doce horas. Por otra parte, el pico del patito es un pedazo de hierro dulce, y la atracción se verifica al través de la caja y del plato de estaño. Como el estaño no es sensible á la imantación, resulta ser un cuerpo neutro, de modo que sólo el animal flotador experimenta la influencia magnética y acompaña al imán en su movimiento, señalando por consiguiente las horas en las divisiones del plato. - X.

**

LA MENDICIDAD EN CHINA

En una obra titulada *Superstición, Crimen y Miseria en China*, un europeo actualmente residente en Pekín, M. de Maignon, médico de la legación francesa, ha dado interesantes detalles acerca de determinados aspectos de la vida china. De ella extractamos las siguientes curiosas notas relativas á los mendigos.

En China no hay hospicios ni asilos, así es que

todos los desdichados aumentan el ejército de la mendicidad, que comprende así á los infelices más ó menos lisiados, más ó menos enfermos, que difícilmente podrían ganarse la subsistencia, como á aquellos que en la mendicidad sólo ven un oficio. Los mendigos chinos se distinguen de todos sus congéneres por una suciedad extravagante y repugnante.

Calcúlase en 100.000, ó sea una sexta parte de la población de Pekín, el número de mendigos existentes en ésta, pero esta cifra parece exagerada. El rey de los mendigos, personalidad con muchos puntos de semejanza con los Clopin de Trouillefon y los duques de Egipto de la Corte de los Milagros, tiene derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, ó por lo menos se abroga tal derecho sin que la autoridad trate de disputárselo.

Pekín, desde el punto de vista de la mendicidad, está dividido en un cierto número de barrios, explotados cada uno por un grupo de mendigos, que por la noche depositan en la caja común los ingresos del día. Los partidarios del comunismo colectivista de Europa podrían encontrar tal vez entre los mendigos chinos ideas aprovechables é instructivas.

Las tiendas están tarifadas para los efectos de la caridad: una ha de dar un sapeque, otra dos, etc., según la importancia comercial; así es que cuando un mendigo no recibe la limosna á que cree tener derecho, vuelve luego acompañado de dos ó tres colegas para protestar, y el tendero se apresura á dar lo que se le pide, pues sabe que cuanto más tarde en hacerlo, tanto más aumentará el número de mendigos y tanto mayor será la suma que al fin habrá de pagar.

Si se maltratase á esos mendigos importunos, su venganza no se haría esperar y consistiría en el incendio de la tienda durante la noche.

Para evitar todas estas molestias causadas por la presencia constante de andrajosos delante de sus comercios, algunos tenderos contratan con el rey de los mendigos por un tanto alzado al año, pagando una cantidad igual á la que significarían las limosnas cotidianas, y recibiendo, en cambio, un papelito amarillo con la siguiente inscripción firmada por el rey: «Se suplica á nuestros hermanos que no molesten al dueño de esta casa.» Este documento, pegado á la puerta de la tienda, protege, mejor que lo haría la justicia, al establecimiento contra la mendicidad.

Ésta se ejerce poco en las casas particulares; únicamente los días de entierro ó de boda pueden ser para los pobres días de provecho. De aquí que muchos chinos, para alejar á los mendigos de estas ceremonias, se conciertan con el rey, el cual coloca á la entrada de la calle dos individuos destinados á impedir que los miembros del sindicato vayan á pedir limosna.

Los mendigos se alojan como pueden; por la noche se guarecen en las casas abandonadas, pero al-

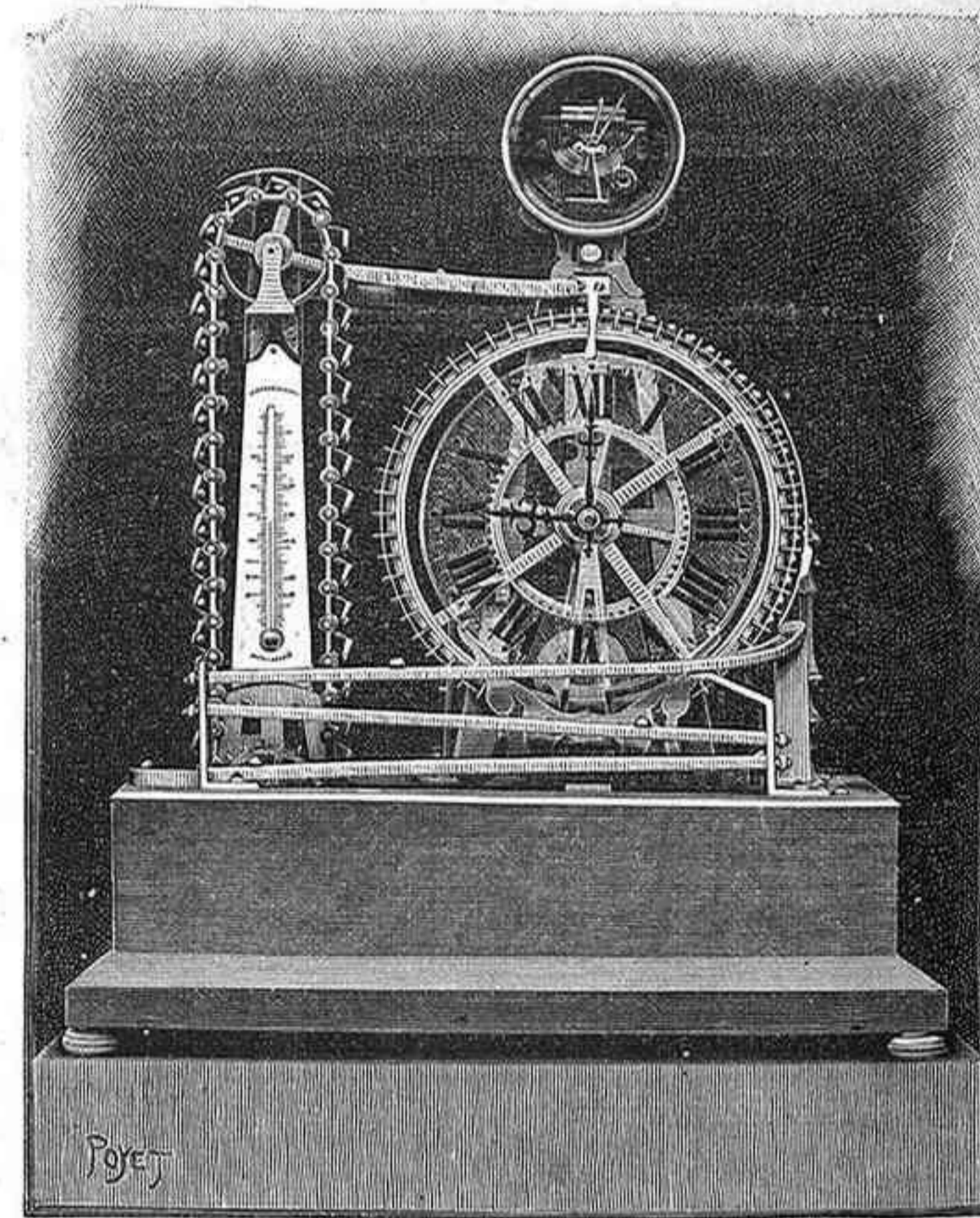


Fig. 2. - Reloj de bolas de circulación y fuerza constante

gunos prefieren construirse en las murallas de la ciudad chozas con esteras cubiertas á veces con un poco de tierra. Estas chozas son verdaderas cuevas en donde viven amontonados en lamentable promiscuidad hombres, mujeres y niños.

Hay también posadas para la noche en donde por medio céntimo puede uno dormir y calentarse, ocupando los hombres y las mujeres estancias separadas. El más curioso de estos establecimientos es el Ki-Mao-Fan (la casa de las plumas de gallina), situa-

do fuera de Pekín: una vasta sala adornada con plumas es el dormitorio común en donde cada cual se hace la cama como mejor le agrada.

Hay algo que se parece á la caridad oficial, pero que da poco y cuyos resultados no pueden menos de ser insignificantes. Todos los años la prefectura de Pekín dirige una memoria al emperador pidiéndole socorros para los pobres.

El soberano destina cierta cantidad de dinero, y hace distribuir arroz, mijo y vestidos. Cuando asoman los primeros fríos casi todos los mendigos se presentan vestidos con trajes nuevos de color de albaricoque y acolchados: estos trajes llevan escrita en su interior una advertencia previniendo que no pueden ser vendidos, precaución prudente, pero inútil, porque una semana después todas aquellas prendas están empeñadas en el Monte de Piedad, y los mendigos vuelven á pasearse en un traje demasiado ligero para los rigores de la estación.

En muchos barrios de Pekín hay una especie de oficinas de asistencia pública, en las cuales se distribuye una vez al día comida á todas las personas que allí se presentan, las cuales reciben mijo y á veces arroz de muy mala calidad, al que se denomina «arroz de perros,» lo que no impide que los mendigos se lo coman con deleite.

Los mendigos, por regla general, no llegan á viejos; la mortalidad es entre ellos considerable. El invierno y las epidemias hacen estragos en sus filas. En 1895 el cólera causó en Pekín, durante el verano,

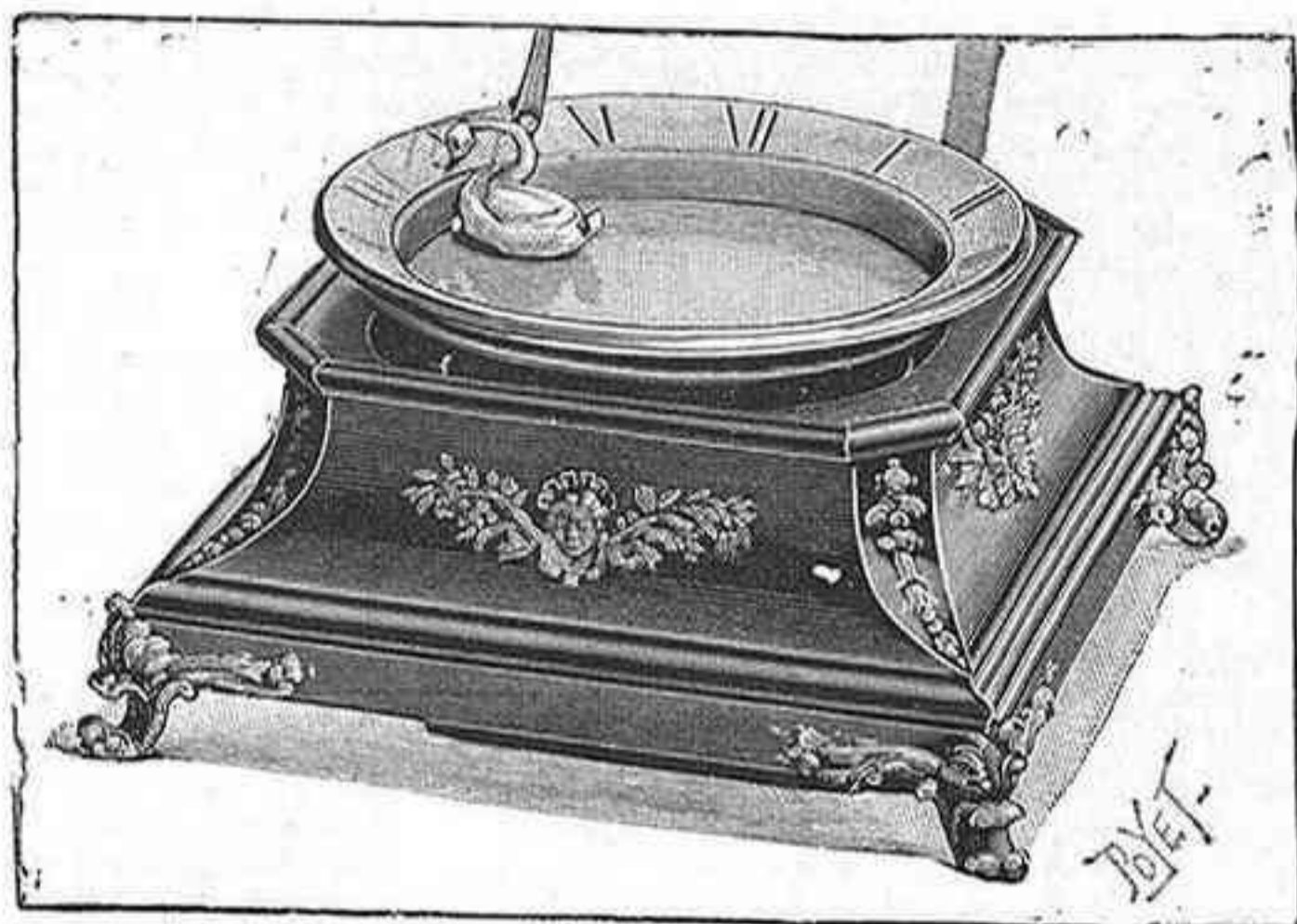


Fig. 3. — Un reloj curioso fabricado por M. Passerat

más de 50.000 víctimas: durante el otoño y el invierno siguientes parecía que no había mendigos en las calles de Pekín, tantas defunciones había causado en ellos la epidemia. — X.

LAS MADERAS ININFLAMABLES

La «British non-flamable wood Company» expone en el palacio de los ejércitos de tierra y mar de la actual exposición su madera ignífuga en forma de

camarote de oficial á bordo de un barco de guerra. Sabido es que el gran peligro que corren los acorazados y los cruceros en los combates navales está en las probabilidades de incendio producido por los proyectiles explosivos, y para obviarlo se ha hecho reglamentario para todas las armadas el uso de las maderas ininflamables. Los productos de la citada compañía se emplean en la marina de guerra de Inglaterra y de los Estados Unidos, y se han adoptado últimamente en Francia en la torre Eiffel y para la reconstrucción del teatro Francés. El procedimiento de ignifugación aplicado consiste en extraer de los poros de la madera todos los principios volátiles y resinosos, y en inyectar por medio de una presión hidráulica de 25 kilogramos por centímetro cuadrado una solución química compuesta de fosfato de amoníaco y de otros productos que son un secreto de fabricación. La madera así preparada no puede producir llamas, y sí únicamente carbonizarse lentamente cuando está en contacto directo con el fuego; conserva indefinidamente sus cualidades de ininflamabilidad, como lo han demostrado los experimentos verificados con maderas fabricadas desde hace seis años, y puede labrarse y pintarse con la misma facilidad que la madera ordinaria, aunque es algo más resistente, por lo que los instrumentos para labrarla han de estar muy bien templados.

La ignifugación aumenta el peso desde 2 1/2 á 5 por 100, según la clase de madera empleada, y su precio en un 25 por 100.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espútos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con **PEPTONA**

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS. Suprime los Cólicos periódicos. E. FOUBNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS. La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS SEÑORES JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FA-BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grajeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grajeas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grajeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la Soc^{dad} de F^{isic} de Paris LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

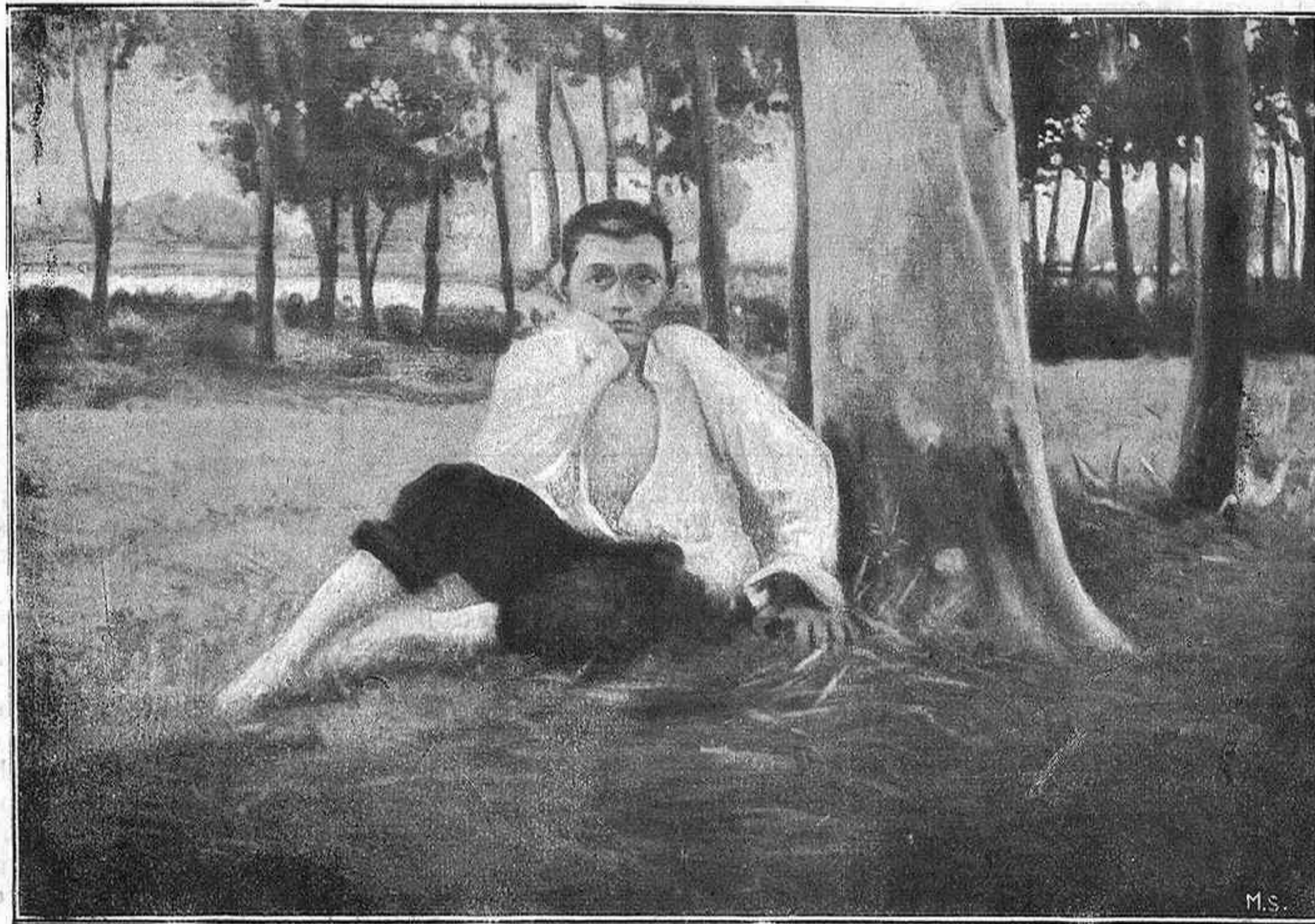
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DISCIPLINA ESCOLAR. DEBERES DE LOS ALUMNOS, ARREGLADOS EXCLUSIVAMENTE PARA EL USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DE CHILE, por Juan B. Miranda. — Es este un libro utilísimo que contiene, redactados en forma sencilla y apropiada á la inteligencia del niño, los preceptos más adecuados para lograr en las escuelas una beneficiosa disciplina. El autor, al dictarlos, ha considerado al alumno desde varios puntos de vista pedagógicos y los ha clasificado en tres grupos de deberes, entrada, permanencia y salida de la escuela. Como apéndice hay algunos prospectos de admisión en varios colegios de la república chilena. El libro ha sido impreso en Concepción de Chile en la imprenta del «Educador Penquisto.»

HUMO, por Enrique Martínez Sobral. — Esta novela del distinguido escritor guatemalteco señor Martínez Sobral forma el segundo volumen de la serie que su autor titula «Páginas de la vida,» y responde perfectamente al fin que el escritor se propone, pues aparte del interés que despierta su argumento, contiene una enseñanza altamente provechosa y es un es-



DESCANSANDO, cuadro de José Balenyá (Salón del Círculo Artístico)

tudio muy bien hecho de uno de los aspectos de la existencia social. Editada en Guatemala por Siguerre y Compañía, se vende esta obra á 1'50 pesos.

EL CREPÚSCULO DE LOS ÍDOLOS, por Federico Nietzsche, traducción de José García Robles. — Coincidiendo casi con la muerte de su autor, el popular filósofo alemán Federico Nietzsche, se ha publicado en Madrid una traducción de su conocida obra *El crepúsculo de los ídolos*, en la que el discípulo de Schopenhauer expone una vez más sus doctrinas filosóficas y «declara la guerra,» según su propia expresión, á los ídolos eternos, «á quienes se toca con el martillo utilizándolo como un diapason.» Impreso en Madrid en la imprenta de Enrique Fernández de Rojas, se vende el libro á dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El eco de las matronas, dentistas, callistas y practicantes de cirugía, que se publica en Barcelona; *La opinión postal y telegráfica,* revista científica, literaria y de noticias que se publica mensualmente en Barcelona; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer,* revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista Contemporánea,* quincenal madrileña; *Miscelánea,* semanario ilustrado madrileño; *El Seguro,* periódico madrileño.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS D^{OS} JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1857 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores
 Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
 de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRÍOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de
 carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
 hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda,*
Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
 ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
 de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero); Para
 los brazos, empléese el PATE A OMBRES DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN